COLECCION:

prosistas españoles

EL AMOR EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS

PQ
6208
.L6D5

POR

FERNANDO DIAZ-PLAJA

NUNC COGNOSCO EX PARTE

THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY

EL AMOR
EN LAS
LETRAS ESPAÑOLAS

FERNANDO DIAZ - PLAJA

EL AMOR
EN LAS
LETRAS ESPAÑOLAS

(Antología 1140 - 1940)

EDITORA NACIONAL
1963

PQ6208 .L6D5

Depósito Legal: M. 15.707 - 1963

Número de Registro 6.273 - 63

Artes Gráficas Ibarra, S. A. - Batalla del Salado, 49 - Teléf. 228 44 02 - Madrid

NOTA PRELIMINAR

Esta quiere ser una excursión por las letras españolas en pos de una pista. La del amor. Novelistas, dramaturgos y, ¡naturalmente!, poetas desfilan por estas páginas para describir, alabar, maldecir del sentimiento más importante de la humanidad (tan importante, que a él debe su existencia).

La antología está dividida en grandes épocas históricas, sin un rigor absoluto y fijándonos más en el estilo que en el año preciso de su aparición para situar el texto (por ejemplo, los romances, que recogidos en el XVI, tienen su cuna en el Medievo). Un índice onomástico al final del libro permitirá la investigación ulterior al que lo desee. Para el público en general he reducido al mínimo las citas bibliográficas, y la ortografía está modernizada cuando no perjudica al verso.

Hay un tesoro de expresión amorosa del que hemos prescindido aquí: Se trata del sentido por nuestros místicos con Destinatario demasiado alto. Este es el libro del amor humano, que si a veces se remonta es sólo para despeñarse desde el nacimiento a la muerte. Triste y alegre, serio y frívolo, amor de mil cuerdas...

... dejemos que "ellos" las pulsen.

277357

EL AMOR EN LA EDAD MEDIA

Nacido con el hierro de las batallas, está familiarizado con castillos y monasterios. Amor al aire libre, que descubrirá las zagalas, llorará maridos huidos a lejanas guerras y acabará en la tremenda pasión de Melibea.

El Cid es un guerrero castellano. De él no podemos esperar arrebatos líricos sentimentales que "no van" a su figura. Y, sin embargo, ¡cuánta ternura soterrada en sus escenas familiares!

...Inclinó las manos, la barba vellida,
a las sus hijas en brazos las prendía,
llególas al corazón que mucho las quería.
Llora de los ojos, tan fuertemente suspira:
"Ya doña Jimena, la mi mujer tan cumplida,
como a la mi alma yo tanto os quería.
Ya lo veis que partir tenemos en vida,
yo iré y vos os quedaréis remanida.
Plegue a Dios y a Santa María,
que aun con mis manos case a estas mis hijas,
y quede ventura y algunos días vida,
y vos, mujer honrada, de mí seáis servida."

... La oración hecha, la misa acabada la han,
saliron de la iglesia, ya quieren cabalgar.
El Cid a doña Jimena, íbala a abrazar;
doña Jimena al Cid la mano le va a besar,
llorando de los ojos, que no sabe que se far.

... así parten unos de otros como la uña de la carne.

(Cantar I.)

Valencia, conquistada. La familia, reunida.

En cabo del coso, mio Cid descabalgaba,
adeliñó a su mujer y a sus hijas ambas;
cuando lo vio doña Jimena, a los pies se le echaba;
"¡Merced, Campeador, en buena hora ceñiste espada!
sacada me habéis de muchas vergüenzas malas..."
... A la madre y a las hijas bien las abrazaba
del gozo que habían de los sus ojos lloraban.
...Oíd lo que dijo el que en buena hora ciñó espada:
"vos, doña Jimena, querida mujer y honrada,

y ambas mis hijas mi corazón y mi alma,
entrad conmigo en Valencia la casa,
en esta heredad que yo os he ganada."
Madre e hijas las manos le besaban.
A tan gran honra ellas en Valencia entraban.

(Cantar II.)

Tras el Cantar nacen mil composiciones sobre don Rodrigo joven. He aquí la que muestra a doña Jimena quejándose de tener más gloria que compañía.

La noble Jimena Gómez,
hija del conde Lozano,
con el Cid, marido suyo
sobre mesa estaba hablando.
Triste, quejosa y corrida
en ver que el Cid haya dado
en despreciar su compañía
por preciarse de soldado,
sospechaba que el enojo
del muerto conde Lozano
vengaba de nuevo en ella,
aunque estaba bien vengado;
y con este sentimiento,
tiernamente suspirando,
con lágrimas amorosas
así le dijo llorando:
"¡Desdichada la dama cortesana
que casa lo mejor que casar puede,
y dichosa en extremo la aldeana,
pues no hay quien de su bien le desherede!
Pues si amanece sola a la mañana,
no hay sueño por la tarde que la vede
de anochecer al lado de su cuyo
seguro de la ausencia y daño suyo.

No la despiertan sueños de pelea,
sino el sediento hijuelo por el pecho;
con dársele y mecerle se recrea,
dejándole dormido y satisfecho.
Piensa que todo el mundo está en su aldea,
y debajo un pajizo y pobre techo
de dorados palacios no se cura,
que no consiste en oro la ventura."

... No quiso el Cid que Jimena
se le aqueje y duela tanto,
y en la cruz de su Tizona
espada que ciñe al lado,

le jura de no volver
más al fronterizo campo,
y vivir gozando de ella
y de su noble condado.

(*Romancero del Cid*, pág. 40.)

Otra con el llanto de la mujer suplantada. La infanta Urraca ve como enemigo a quien pudo ser su esposo. Y Rodrigo reacciona en caballero.

—"Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano;
acordársete debía
de aquel tiempo ya pasado
cuando fuiste caballero
en el altar de Santiago,
cuando el Rey fue tu padrino,
tú, Rodrigo, el ahijado;
yo te calcé las espuelas
porque fueses más honrado:
que pensé casar contigo,
no lo quiso mi pecado,
casaste con Jimena Gómez,
hija del conde Lozano.
Con ella hubiste dineros,
conmigo hubieras estados.
Bien casaste tú, Rodrigo,
muy mejor fueras casado;
dejaste hija de Rey
por tomar de su vasallo."
—"Si os parece, mi señora,
bien podemos desviarlo.
... Mi ánima penaría
si yo fuese en discreparlo.
... Afuera, afuera los míos,
los de a pie y de a caballo,
pues de aquella torre mocha
una vira me ha tirado.
No traía el asta hierro,
el corazón me ha pasado.
Ya ningún remedio siento
sino vivir más penado."

(Pág. 91.)

Empecemos a definir lo que es el amor. Para el Arcipreste de Hita es algo capaz de mudar los seres humanos y aún cegarles.

El amor hace sutil al hombre que es rudo,
hácele hablar hermoso al que antes es mudo,
al hombre que es cobarde hácele atrevudo [atrevido],
al perezoso hace ser presto y agudo.

Al mancebo mantiene mucho en mancebez,
al viejo hace perder muy mucho la vejez,
hace blanco y hermoso del negro como pez,
lo que no vale una nuez amor le da gran prez.

El que es enamorado, por muy feo que sea,
otrosí su amiga aunque sea muy fea,
el uno o el otro no hay cosa que vea
que tan bien le parezca ni que tanto desea.

... aunque a veces ve sin ver, dice Gómez Manrique.

A una dama que iba cubierta

El corazón se me fue
donde vuestro bulto vi,
y luego vos conocí
al que punto que vos miré;
que no pudo facer tanto
por mucho que vos cubriese
aquel vuestro negro manto
que no vos reconociese.

Que debajo se mostraba
vuestra gracia y gentil aire,
y al cubrir con buen donaire
todo lo manifestaba;
así que con mis enojos
y muy grande turbación
allá se fueron mis ojos
do tenía el corazón.

Ved a una bella entrando en la ermita de San Simón.

En Sevilla está una ermita—cual dicen de San Simón,
adonde todas las damas—iban a hacer oración.
Allá va la mi señora,—sobre todas la mejor,
saya lleva sobre saya,—mantillo de un tornasol,
en la su boca muy linda—lleva un poco de dulzor,

en la su cara muy blanca—lleva un poco de color,
y en los sus ojuelos garzos—lleva un poco de alcohol,
a la entrada de la ermita—relumbrando como el sol.
El abad que dice la misa—no la puede decir, no,
monacillos que le ayudan—no aciertan responder, no,
por decir: amén, amén,—decían: amor, amor.

Según Carvajal, las mujeres han de amarse a temprana edad. Así, al menos, advierte su Serranilla.

... La perfección de nuestras mujeres
es de los trece hasta los quince años;
con éstas se toman suaves placeres
y todas las otras son llenas de engaños;
por ende, señor, si pasa los veinte
aquella por quien sois tanto penado,
sabed que seréis el más padesciente
y siempre os veréis ser menos amado.

Amad, amadores, mujer que no sabe,
a quien toda cosa parezca ser nueva,
que cuanto más sabe, mujer menos vale,
según, por ejemplo, lo hemos de Eva,
que luego, comiendo el fruto de vida,
rompiendo el velo de rica inocencia,
supo su mal y su gloria perdida;
guardaos de mujer que ha plática y ciencia.

Amad, amadores, la tierna edad
cuando el tiempo requiere natura,
que esta no tiene ninguna crueldad
ni ofender al amante luenga tristura.

... y otra, aconsejada por Pérez de Guzmán, para que no comparta la suerte de Narciso.

El gentil niño Narciso
en una fuente engañado,
de sí mismo enamorado
muy esquiva muerte priso:
señora de noble riso
y de muy gracioso brío,
a mirar fuente ni río
no se atreva vuestro viso.

Deseando vuestra vida
aún os doy otro consejo,
que no se mire en espejo
vuestra faz clara y garrida:

¿Quién sabe si la partida
os será dende tan fuerte,
porque fuese en vos la muerte
de Narciso repetida?

Engañaron sutilmente
por imaginación loca,
hermosura y edad poca,
al niño bien pareciente,
estrella resplandeciente;
mirad bien estas dos vías,
pues edad y pocos días
cada cual en vos se siente.

Don Alvaro de Luna olvidará sus preocupaciones políticas para recordar a Dios que al crear a la mujer inventó la distracción.

... Señor Dios, pues me causaste
sin comparación amar,
tú me debes perdonar
si pasó lo que mandaste.
Mandaste que hombre amase
a ti más que a otra cosa,
y causaste que fallase
hombre amiga tan graciosa,
generosa, más hermosa
de cuantas, señor, creaste,
la cual yo amo sin par
de amor tan singular,
que no hay seso que baste.

Formaste la criatura
a tu semblanza, Señor,
de la tu santidad pura
me feciste amador:
quien figura tal figura,
tal cual tú la figuraste,
es causa de dar lugar
para algún tiempo olvidar
a ti que me la mostraste.

Jorge Manrique es el primero de una larga serie de poetas que se asombrarán de lo agridulce del sentimiento amoroso.

Es amor fuerza tan fuerte
que fuerza toda razón;
una fuerza de tal suerte,
que todo seso convierte
en su fuerza y afición;

una porfía forzosa
que no se puede vencer,
cuya fuerza porfiosa
hacemos más poderosa
queriéndonos defender.

Es placer en que hay dolores,
dolor en que hay alegría,
un pesar en que hay dulzores,
un esfuerzo en que hay temores,
temor en que hay osadía;
un placer en que hay enojos,
una gloria en que hay pasión,
una fe en que hay antojos,
fuerza que hacen los ojos
al seso y al corazón.

Es una cautividad
sin parecer las prisiones;
un robo de libertad,
un forzar de voluntad
donde no valen razones;
una sospecha celosa
causada por el querer;
una rabia deseosa
que no sabe qué es la cosa
que desea tanto ver.

... el amor como castillo de la época...

... La fortaleza nombrada
está en los altos alcores
de una cuesta,
sobre una peña tajada,
maciza toda de amores,
y bien puesta;
y tiene dos baluartes
hacia el cabo que ha sentido
el olvidar,
y cerca a las otras partes
un río mucho crecido,
que es membrar.

El muro tiene de amor;
las almenas, de lealtad;
la barrera,
cual nunca tuvo amador,
ni menos la voluntad
de tal manera:

la puerta de un tal deseo
que aún esté del todo entrada
y encendida,
si presupongo que os veo,
luego la tengo cobrada
y socorrida.

Las cavas están cavadas
en medio de un corazón
muy leal,
y después todas chapadas
de servicios y afición
muy desigual:
de una fe firme la puente
levadiza con cadena
de razón,
razón que nunca consiente
pasar hermosura ajena,
ni afición.

... En la torre de homenaje
está puesto toda hora
un estandarte
que muestra por vasallaje
el nombre de una señora
a cada parte;
que comienza como más
el nombre, y como valer
el apellido,
a la cual, nunca jamás
yo podré desconocer
aunque perdido.

Fin.
A tal postura vos salgo
con muy firme juramento
y fuerte jura;
como vasallo hidalgo
que por pesar ni tormento,
ni tristura
a otro no lo entregar,
aunque la muerte esperase
por vivir,
ni aunque lo venga a cercar
el Dios de Amor, y llegase
a lo pedir.

... o, en otra constante medieval, hacer profesión de fe... en la amada.

Porque el tiempo es ya pasado
y el año todo cumplido
después acá que hube entrado
en orden de enamorado
y el hábito recibido;
porque en esta religión
entiendo siempre durar,
quiero hacer profesión,
jurando de corazón
de nunca la quebrantar.

Prometo de mantener
continuamente pobreza
de alegría y de placer,
pero no de bien querer,
ni de males ni tristeza;
que la regla no lo manda,
ni la razón no lo quiere,
que quien en tal orden anda
se alegre mientras viviere.

Prometo, más, obediencia
que nunca será quebrada
en presencia ni en ausencia
por la muy bien querencia
que con vos tengo cobrada;
y cualquier ordenamiento
que regla de amor mandare,
aunque traiga gran tormento
me place, y soy muy contento
de guardar mientras durare.

En lugar de castidad
prometo de ser constante;
prometo de voluntad
de guardar toda verdad
que ha de guardar el amante;
prometo de ser sujeto
al amor y a su servicio;
prometo de ser secreto,
y esto todo que prometo
guardarlo será mi oficio.

... Si en esta regla estuviere
con justa y buena intención,
y en ella permaneciere,
quiero saber, si muriere,
qué será mi galardón;

aunque a vos sola lo dejo,
que fuiste causa que entrase
en orden que así me alejo
porque de ello no os pesase.

¿Dónde están los amores? A veces sólo en el sueño de la adolescente.

Yo me levantara, madre
mañanica de San Juan:
vide estar una doncella
ribericas de la mar;
sola lava y sola tuerce,
sola tiende en un rosal;
mientras los paños se enjugan,
dice la niña un cantar:
—"Dó mis amores, dó los?
¿dónde los iré a buscar?"
Mar abajo, mar arriba,
diciendo iba un cantar,
peine de oro en las sus manos
por sus cabellos peinar.
—"Dígasme tú, el marinero,
que Dios te guarde de mal,
si los viste a mis amores,
si los viste allá pasar."

... en otros, ya cumplidos. El poeta anónimo nos ofrece con grata anticipación la escena del alba entre Romeo y Julieta.

¡Ya cantan los gallos,
buen amor, y vete
cata que amanece!

Que canten los gallos;
¿yo cómo me iría,
pues tengo en los brazos
la que más quería?
Antes moriría
que de aquí me fuese
aunque amaneciese.

Deja tal porfía,
mi dulce amador,
que viene el albor,
esclarece el día;

pues el alegría
por poco fenece.
Cata que amanece.

¿Qué mejor victoria
darme puede amor,
que el bien y la gloria
me llame al albor?

¡Dichoso amador
quien no se partiese
aunque amaneciese!

¿Piensas, mi señor,
que soy yo contenta?
¡Dios sabe el dolor
que se me acrecienta!
¡Pues la tal afrenta
a mí se me ofrece,
vete, que amanece!

Juan del Encina busca también una profesión religiosa para declarar su amor. Pero en lugar de ir a un convento pedirá de puerta en puerta.

Ermitaño quiero ser
por ver,
ermitaño quiero ser.

Por probar nueva manera,
mudar quiero mi vestir,
por que en el traje de fuera
desconozcan mi vivir;
no mudaré mi querer;
por ver,
ermitaño quiero ser.

Serán mis hábitos tales
que digan con mi dolor;
será el paño de mis males,
será la fe la color,
y el cordón de padecer;
por ver,
ermitaño quiero ser.

Será hecho mi cilicio
de muy áspero tormento,
tejido con mi servicio,
cosido con sufrimiento

y helo siempre de traer;
por ver,
ermitaño quiero ser.

... No peinaré mis cabellos
ni descansarán mis ojos
hasta que se duela de ellos
quien me causa mil enojos;
si se quisiese doler,
por ver,
ermitaño quiero ser.

Haré vida tan estrecha
que peor será que muerte,
por que no tenga sospecha,
que vivo por otra suerte,
y no tomaré placer;
por ver,
ermitaño quiero ser.

... Quizá que por mi ventura
andando de puerta en puerta,
veré la gentil figura
de quien tiene mi vida muerta;
si saliese a responder,
por ver,
ermitaño quiero ser.

... Pensarán los que me vieren
que suspiro con pobreza,
la que mis ojos ver quieren
bien sentirá mi tristeza,
bien me sabrá conocer;
por ver,
ermitaño quiero ser.

Una sociedad —la medieval— separada por barreras sociales. Un poeta —el marqués de Santillana— que demuestra cómo pueden salvarse.

Mozuela de Bores,
allá do la Lama,
púsome en amores.

Cuidé que olvidado
amor me tenía,
como quien se había
gran tiempo dejado
de tales dolores,
que más que la llama
queman amadores.

Mas vi la fermosa
de buen continente,
la cara placiente,
fresca como rosa,
de tales colores
cual nunca vi dama
ni otra, señores.
Por lo cual. "Señora
(le dije), en verdad
la vuestra beldad
saldrá desde ahora
de entre estos alcores,
pues merece fama
de grandes loores"
Dijo: "Caballero,
tirad vos afuera;
dejad la vaquera
pasar al otero;
ca dos labradores
me piden de Frama,
entrambos pastores."
—"Señora, pastor
seré, si queredes;
mandarme podéis,
como a servidor;
mayores dulzores
será a mi la brama
que oir ruiseñores."
Así concluimos
el nuestro proceso
sin hacer exceso,
y nos avenimos.
Y fueron las flores
de cabe Espinama
los encubridores.

... el juego puede trocarse. En el caso que ofrece Juan del Encina, ella es la señora y él el villano.

—Pedro, y bien te quiero
aunque vaquero.
Has tan bien bailado,
corrido, y luchado
que me has enamorado
y de amores muero.

—A la fé, nostrama,
ya suena mi fama
y aún pues en la cama
soy mucho más artero.

—No sé que te diga,
tu amor me fatiga;
tenme por amiga,
sé mi compañero.
—Soy en todo presto,
mañoso y dispuesto,
y en ver vuestro gesto
mucho más me esmero.
—Quiero que me quieras;
pues por mí te esmeras,
tengamos de veras
amor verdadero.
—Nostrama, señora,
yo nací en buena hora,
ya soy desde ahora,
vuestro por entero.

¿Y quién está a salvo de la furia amorosa? Ni siquiera el que creyó parapetarse en su avanzada edad. Rodrigo de Cota hace que Cupido tiente al viejo...

... Pero donde yo me llego
todo mal y pena quito.
De los hielos saco fuego,
y a los viejos meto en juego,
y a los muertos resucito.
... Yo las coplas y canciones,
yo la música süave,
yo demuestro a aquel que sabe
las sutiles invenciones;
yo hago volar mis llamas
por lo bueno y por lo malo;
yo hago servir las damas,
yo las perfumadas camas,
golosinas y regalo.
... Por ende, si con dulzura
me quieres obedecer,
yo haré reconocer
en ti mi nueva frescura;
ponerte en el corazón
éste mi vivo alborozo;
serás en esta sazón
de la misma condición
que eras cuando lindo mozo.

El anciano se transforma...

... Vente a mí, muy dulce amor,
vente a mí brazos abiertos.
Ves aquí tu servidor,
hecho siervo de señor,
sin tener tus dones ciertos.
—Hete aquí bien abrazado;
dime, ¿qué sientes ahora?
—Siento rabia matadora,
placer lleno de cuidado;
siento fuego muy crecido,
siento mal y no lo veo;
sin rotura estoy herido,
no te quiero ver partido,
ni apartado del deseo.

Y el Amor se muestra ahora cruel.

Ahora verás, don Viejo,
conservar la fama casta;
aquí te veré do basta
tu saber y tu consejo.

Porque con soberbia y riña
me diste contradicción
seguirás estrecha línea
en amores de una niña
de muy duro corazón.
Y sabe que te revelo
una dolorida nueva,
do sabrás cómo se ceba
quien se mete en mi señuelo.
Amarás más que Macías,
hallarás esquividad,
sentirás las plagas mías,
finirán tus viejos días
en ciega cautividad.

La civilización progresa, y con ella el sentimiento se hace más complicado. El preso en la "Cárcel de Amor" se atormenta para hallar bien en el mal y mal en el bien.

Si tuviera tal razón para escribirte como para quererte, sin miedo lo osara hacer; mas en saber que escribo para ti, se turba el seso y se pierde el sentido, y de esta causa, antes que lo comenzase tuve conmigo gran confusión. Mi fe decía que osase; tu grandeza, que temiese. En lo uno hallaba esperanza,

y por lo otro desesperaba, y en el cabo acordé esto; mas guay de mí, que comencé temprano a dolerme y tarde a quejarme porque a tal tiempo soy venido, que si alguna merced te mereciese, no hay en mí cosa viva para sentirla, sino sola mi fe.

El corazón está sin fuerza, y el alma sin poder, y el juicio sin memoria. Pero si tanta merced quisieses hacerme que a estas razones te pluguiese responder, la fe con tal bien podría bastar para restituir las otras partes que destruiste. Yo me culpo porque te pido galardón sin haberte hecho servicio, aunque si recibes en cuenta de servir el penar, por mucho que me pagues siempre pensaré que me quedas en deuda.

Podrás decir que cómo pensé escribirte; no te maravilles, que tu hermosura causó el afición, y el afición el deseo, y el deseo la pena, y la pena el atrevimiento; y si porque lo hice te pareciere que merezco muerte, mándamela dar, que muy mejor es morir por tu causa que vivir sin tu esperanza. Y hablándote verdad, la muerte, sin que tú me la dieses, yo mismo me la daría, por hallar en ella la libertad que en la vida busco, si tu no hubieses de quedar infamada por matadora, pues malaventurado fue el remedio que a mí librase de pena y a ti te causase culpa.

Por quitar tales inconvenientes, te suplico que hagas tu carta galardón de mis males, que, aunque no me mate por lo que a ti toca, no podré vivir por lo que yo sufro, y todavía quedarás condenada. Si algún bien quisieres hacerme, no lo tardes; sino, podrá ser que tengas tiempo de arrepentirte y no lugar de remediarme.

El guerrero parte, el guerrero vuelve. La infidelidad —de él o de ella— se asoma a los romances populares.

Romance del conde Lombardo

—¡Ay cuán linda que eres, Alba, — más linda que no la flor!
¡Quién contigo la durmiese — una noche sin temor!
Que no lo supiese Albertos, — ese tu primer amor...
—A caza es ido, a caza — a los montes de León.
—Si a caza es ido, señora, — cáigale mi maldición,
rabia le mate los perros, — aguilillas el falcón,
lanzada de moro izquierdo — le traspase el corazón.
—Apead, conde don Grifos, — porque hace gran calor.
¡Lindas manos tenéis, conde! — ¡Ay cuán flaco estáis, señor!
—No os maravilléis, mi vida, — que muero por vuestro amor,
y por bien que pene y muera — no alcanzo ningún favor.
En aquesto estando, Albertos — toca a la puerta mayor.
—¿Dónde os pondré yo, don Grifos, — por hacer salvo mi honor?

Tomáralo de la mano — y subióle a un mirador.
—¿Qué es lo que tenéis, señora? — ¡Mudada estáis de color!
O habéis bebido del vino, — o tenéis celado amor.
—En verdad, amigo Albertos, — no tengo de eso pavor,
sino que perdí las llaves, — las llaves del mirador.
—No toméis enojo, Alba, — de eso no toméis rencor,
que si de plata eran ellas, — de oro las haré mejor.
¿Cuyas son aquellas armas — que tienen tal resplandor?
—Vuestras, que hoy, señor Albertos, — las limpié de ese tenor.
—¿De quién es aquel caballo — que siento relinchador?
Cuando Alba aquesto oyera — cayó muerta de temor.

Cuando el ingrato es el marido...

Caballero, si a Francia ides — por mi señor preguntad,
y porque le conozcáis — con poca dificultad,
daros he las señas dél — sin ninguna falsedad:
él es dispuesto de cuerpo, — y de mucha gravedad,
blanco, rubio y colorado, — mancebo y de poca edad,
el cual por ser tan hermoso — temo de su lealtad.
Hablaréisle con crianza, — porque en él suele morar;
decidle que su señora — se le envía a encomendar,
que ya me parece tiempo — de venirme a libertar
de esta prisión en que vivo, — muriendo de soledad;
y se acuerde que me deja — sin ninguna libertad,
que me la llevó consigo — de mi propia voluntad;
y las justas y torneos — yo las supe de verdad;
la divisa que sacó — en señal de desamar.
Y si acaso amores tiene — y no los quiere dejar,
decirle de parte mía, — sin ningún temor mostrar:
que ausentes, por los presentes, — ligeros son de olvidar.

El poeta canta a veces la fidelidad mostrada a pesar de la intencionada versión del marido que regresa disfrazado.

—Caballero de lejas tierras — llegaos acá y veréis:
hinquedes la lanza en tierra, — vuestro caballo arrendéis;
preguntaros he por nuevas — si mi marido conocéis.
—Vuestro marido, señora, — decid de qué señas es.
—Mi marido es blanco y mozo, — gentil hombre y bien cortés,
muy gran jugador de tablas — y aun también del ajedrez.
En el pomo de su espada — armas trae de un marqués,
y un ropón de brocado, — y de carmesí el envés;
cabe el fierro de la lanza — trae un pendón portugués,
que lo ganó a las tablas — a un buen conde francés.
—Por esas señas, señora, — su marido muerto es:
en Valencia lo mataron — en casa de un ginovés;

sobre el juego de las tablas — lo matara un milanés;
muchas damas lo lloraban, — caballeros y un marqués.
Sobre todo lo lloraba — la hija del ginovés:
todos dicen a una voz — que su enamorada es.
Si habéis de tomar amores, — por otro a mí no dejéis.
—No me lo mandéis, señor, —señor, no me lo mandéis;
que antes que eso hiciese, — señor, monja me veréis.
—No os metáis, monja señora, —pues que hacerlo no podéis
que vuestro marido amado — delante de vos lo tenéis.

Cuando la muerte llega... Con siglos de anticipo oímos el ¿Dónde vas, triste de ti?

Romance de amor

En el tiempo que me vi — más alegre y placentero
encontré con un palmero — que me habló y dijo así:
—¿Dónde vas el caballero — dónde vas, triste de ti?
Muerta es tu linda amiga, — muerta es, que yo la vi;
las andas en que ella iba — de luto las vi cubrir.
Duques, condes la lloraban, — todas por amor de ti;
dueñas, damas y doncellas — llorando dicen así:
"Oh triste del caballero — que tal dama pierde aquí."

La muerte terminará también con el amor sin par de Calixto y Melibea, vibración de los sentidos demasiado intensa para que quede sin castigo.

... ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde; aquel en quien la voluntad a la razón no obedece; quien tiene dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo a una causa? Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma como se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

CALIXTO: Mayor es mi fuego y menor la piedad de quien ahora digo.

... SEMPRONIO: Digo que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a un vivo que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

CALIXTO: ¿Cómo? Yo te lo diré. Mayor es la llama que dura ochenta años que la que en un día pasa, y mayor la que mata un ánima que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema. Por cierto, si el del purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales que por medio de aquel ir a la gloria de los santos.

SEMPRONIO: ¡Algo es lo que digo! ¡A más ha de ir este hecho! No basta loco, sino hereje.

CALIXTO: No te digo que hables alto cuando hablares. ¿Qué dices?

SEMPRONIO: Digo que nunca Dios quiera tal; que es especie de herejía lo que ahora dijiste.

CALIXTO: ¿Por qué?

... SEMPRONIO: ¿No eres cristiano?

CALIXTO: ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo, y a Melibea amo.

(Acto I.)

MELIBEA: Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto, tú lo pides como mujer bien experta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón; la izquierda teta es su aposentamiento; tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo, es nuevamente nacido en mi cuerpo; que no pensé jamás que podía dolor quitarme el seso como este hace; túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningún género de risa querría ver. La causa o pensamiento que es el final cosa por ti preguntada de mi mal, esta no sabré decir porque ni muerte de deudo ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de visión ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo la alteración que tú me causaste con la demanda que sospeché de la parte de aquel caballero Calixto, cuando me pediste la oración.

... ¿cómo dices que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA: Amor dulce.

MELIBEA: Eso me declara que es, que en sólo oírlo me alegro.

CELESTINA: Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEA: ¡Ay mezquina de mi! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud, porque, según la contrariedad que esos

nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, acarreará al otro más pasión.

CELESTINA: No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud. Que cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nacida una flor que de todo esto te libre.

MELIBEA: ¿Cómo se llama?

CELESTINA: No te lo oso decir.

MELIBEA: Di, no temas.

CELESTINA: Calixto.

(Acto X.)

Melibea con la misma tremenda pasión, sufre más porque el pudor femenino le obliga a callarla. ¿Y si, mientras, Calixto se enamorara de otra?

¡Oh lástima de mí! ¡Oh mal proveída doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su petición y demanda ayer a Celestina, cuando de parte de aquel señor, cuya vista me cautivó, me fue rogando a contentarle a él y sanar a mí, que no venir por fuerza a descubrir mi llaga cuando no me sea agradecido, cuando ya, desconfiando de mi buena respuesta, haya puesto sus ojos en amor de otra? ¡Cuánta más ventaja tuviera mi prometimiento rogado que mi ofrecimiento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿Qué pensarás de mi ser cuando me veas publicar lo que a ti jamás he querido descubrir? ¡Cómo te espantarás del rompimiento de mi honestidad y vergüenza, que siempre, como encerrada doncella, acostumbré a tener! No sé si habrás barruntado ya de dónde procede mi dolor. ¡Oh, si ya viniese con aquella medianera de salud (Celestina)! ¡Oh soberano Dios! A ti, que todos los atribulados llaman, los apasionados piden remedio, los llagados medicina; a ti, que los cielos, mar y tierra, con los infernales centros, obedecen; a ti, cual todas las cosas a los hombres sojuzgaste, humildemente suplico des a mi herido corazón sufrimiento y paciencia con que mi terrible pasión pueda disimular. No se desdore aquella hoja de castidad que tengo asentada sobre este amoroso deseo, publicando ser otro mi dolor que no el que me atormenta. Pero ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado que la vista de su presencia de aquel caballero me dio? ¡Oh género femíneo, encogido y frágil! ¿Por qué no fue también a las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor, como a los varones? Que ni Calixto viviera quejoso ni yo penada.

(Acto X.)

El encuentro de los amantes antes de la tragedia es una explosión de los sentidos.

... —Papagayos, ruiseñores,
que cantáis al alborada,
llevad nueva a mis amores
como espero aquí asentada.
La media noche es pasada
y no viene;
sabedme si hay otra amada
que lo detiene.

CALIXTO: Vencido me tiene el dulzor de suave canto; no puedo más sufrir tu penado esperar. ¡Oh mi señora y mi bien todo! ¡Cuál mujer podía haber nacida que desprivase tu gran merecimiento! ¡Oh salteada melodía! ¡Oh gozoso rato! ¡Oh corazón mío! ¿Y cómo no pudiste más tiempo sufrir sin interrumpir tu gozo y cumplir el deseo de entrambos?

MELIBEA: ¡Oh sabrosa traición! ¡Oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor de mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas luciente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Había rato que escuchabas? ¿Por dónde me dejabas echar palabra sin seso al aire, con mi ronca voz de cisne? Todo se goza en este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra, mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua de esta fontecina, cuánto más suave murmurio su río lleva por entre las frescas hierbas. Escucha los altos cipreses, cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesión de un templadico viento que los menea. Mira sus quietas sombras, cuán oscuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite.

CALIXTO: Pues, señora y gloria mía, si mi vida quieres, no cese tu suave canto. No sea de peor condición mi presencia, con que te alegras, que mi ausencia, que te fatiga.

MELIBEA: ¿Qué quieres que cante, amor mío? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regía mi son y hacía sonar mi canto? Pues conseguida tu venida, desaparecióse el deseo, destemplóse el tono de mi voz...

(Acto XIX.)

EL AMOR EN EL RENACIMIENTO

El caballero anterior es ya más amador que guerrero (Amadís), y Virgilio ayuda a encontrar aún más hermosas a las pastoras. El enamorado empieza a enamorarse de sus mismas palabras.

EL AMOR EN EL RENACIMIENTO

He aquí a Amadís de Gaula, el más famoso de los caballeros andantes, tan valiente con los hombres como tímido con las mujeres. Oriana tendrá que tomar la iniciativa.

"Oriana se acostó en el manto de la doncella en tanto que Amadís se desarmaba, que bien menester lo había, y como desarmado fue, la doncella se entró a dormir en unas matas espesas, y Amadís tornó a su señora, y cuando así la vio tan hermosa y en su poder, habiéndole ella otorgado su voluntad, fue tan turbado de placer y de empacho que sólo mirar no la osaba; así que se puede bien decir que en aquella verde hierba, encima de aquel manto, más por la gracia y comedimiento de Oriana que por la desenvoltura y osadía de Amadís, fue hecha dueña la más hermosa doncella del mundo, y creyendo con ello las sus encendidas llamas resfriar, aumentándose en muy mayor cantidad, más ardientes y con más fuerza quedaron, así como en los sanos y verdaderos amores acaescer suele."

Pero tras el placer vendrá el dolor del desengaño

"Carta que la señora Oriana envía a su amante Amadís.

Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razón, da lugar a que la flaca mano declare lo que el triste corazón encubrir no puede contra vos, el falso y desleal caballero Amadís de Gaula; pues que ya es conocida la deslealtad y poca firmeza que contra mí, la más desdichada y menguada de aventuras sobre todas las del mundo habéis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas os amaba, poniéndola en aquella que según su edad, para la amar ni conocer su discreción basta, y pues otra venganza mi sojuzgado corazón tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenía apartarlo; pues gran yerro sería querer a quien, a mí desamando, todas las cosas desame por le querer y amar. ¡Oh qué mal empleé y sojuzgué mi corazón, que en pago de mis suspiros y

pasiones, burlada y desdichada fuese! Y pues este engaño es ya manifiesto, no parezcáis ante mí ni en parte alguna donde yo sea; porque sed cierto que el muy encendido amor que os había es tornado, por vuestro merecimiento, en muy rabiosa y cruel saña, y con vuestra quebrantada fe y sabios engaños id a engañar otra cautiva mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva o excusa serán recibidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura y con ellas daré fin a mi vida, acabando mi triste llanto."

... El sensualismo va ganando terreno y las mujeres del Renacimiento no ven la razón de hacer sufrir a sus enamorados. Así la protagonista de "Torres Naharro".

HIMENEO: Soy el que, en veros, me veo
devoto, para adoraros,
contrito para quereros.
Soy aquel triste Himeneo
que, si no espero gozaros,
no quisiera conoceros.
Porque en ser desconocida
me matáis con pena fuerte
sabiendo que de mi muerte
no podéis ser bien servida.
Pero sea,
pues por vos tan bien se emplea.

FEBEA: Bien me podéis perdonar,
que, cierto, no os conocía.

HIMENEO: ¿Por qué estoy en vuestro olvido?

FEBEA: En otro mejor lugar
os tengo yo todavía,
aunque pierdo en el partido.

HIMENEO: Yo gano tanto cuidado
que jamás pienso perderlo,
sino que con merecerlo
me parece estar pagado,
pues padezco
menos mal del que merezco.

FEBEA: Gran compasión y dolor
he de ver tanto quejaros,
aunque me place de oíros
y por mi vida, señor,
querría poder sanaros
por tener en qué serviros.

El hombre se rinde ante la belleza femenina y acuña para ella las mejores frases de un idioma que se está hermoseando. ¿Cuándo se ha oído piropo más bello que el de Gutierre de Cetina?

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

¿O mejor razón para vivir que la de Garcilaso?

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribísteis, yo lo leo
tan sólo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

A veces el amor cambia de signo. Como cuando el Abencerraje descubre que no es hermano de la hermosa Jarifa.

"Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela (secreto); que como fuimos creciendo en edad ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que

nos teníamos se comenzó a dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Yo ya tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha a medida de la suya. Todo lo que no veía en ella me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; yo ya la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada; porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento en la manera que oirás."

"... Ellos se partieron el otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol; comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra él. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta."

Los hombres del XVI han llegado a una conclusión que no impedirá a la humanidad tropezar mil veces en la misma piedra. El amor lleva siempre un compañero tan ligado a él en sentido como en rima: el dolor.

BERINTHO: Pues que así quieras ser certificado de mi pasión, te digo, como testigo de vista, que el amor es una compostura de males dirigida contra el corazón, y una fuerza que fuerza las potencias de la libertad y franco albedrío, ligando juntamente las fuerzas y poder de la nación, y es una delectación grande y suavísima a los ojos, y demasiada fatiga al entendimiento, y un astuto tahur que nos echa pieza sin que la sintamos, y un sello de acero muy fuerte que se imprime dentro del alma, y un experto maestro de esgrima que se pasa a jugar con el nuevo discípulo, y un embarazo en que tropieza el que se siente más sabio, un consentimiento de la voluntad forzada, y un ladrón dentro en vuestra propia casa, del cual nadie se puede guardar, y un familiar y secreto enemigo, de quien dicen que no hay pestilencia tan dañosa para empecer, y cierto todo entendimiento tocado de esta rabia se desencadena y trastueca y se torna desemejable del que solía ser.

(*La Thebayda,* pág. 31. Esc. 1.ª)

... FRANQUILA: ¡Oh mi amado y gracioso Aminthas, y qué dulce es tu conversación! Dios escudriñador de los corazones, sabe que aunque me hacía de nuevas, otra cosa sentía, allende lo que la lengua expresaba. ¡Oh, señor mío, y cómo te llevo impreso en el alma y cómo te llevo arraigado en el centro de mis entrañas! ¡Oh, cómo mi pensamiento, sin divertirse a cosa un momento, no se deja de te contemplar! ¡Oh, cómo mi memoria le tiene tan encomendado sabiendo que en esto me complace! ¡Oh, cómo el espíritu, considerando la causa tan cerca, se determina a todo género de pasión! ¡Oh, cómo el consentimiento, viendo los clamores de mis tristes sentidos, esté prestando su voto para en la ajenación de la voluntad! Pero en verdad, que por otra parte siento un alivio sin comparación, y un agradable contentamiento que basta a mezclar algunas delectaciones entre las tristes ansias que tu ausencia se me causan...

(Página 192. Esc. 7.)

... AMINTAS: ¿Es mi vida, es la que resplandece en mis entrañas y las enciende como el sol, la Alagonia que manda, el norte por donde mis pensamientos se rigen, es la señora de mi libertad, es la que tiene poder para en un instante me dar la muerte y la vida? Oh incomprensible deidad, y ¿cómo puede gozar de tan próspera ventura y felicidad, que por ser tan grande y tan maravilloso, mi entendimiento no la puede comprender?

... CLAUDIA: Es la que desea tu gozo y contentamiento más que el remedio de su propia vida, y es la que descansa con tu vista como la leona recobrando el perdido hijo, y es la que siente tu pena y la tiene por propia, y es la que ajena de todo reposo y de la vergüenza, cosa principal y conveniente a la honestidad de la hembra, viene a seguir tu mando y a remediar tu pasión, aunque sea acumulando en la que sin comparación me atormenta.

(Esc. 12, pág. 400.)

... y sentirlo trae aparejado a su vez un extraño goce. Tal nos lo cuenta Fernando de Herrera.

Ya sufro el lazo, flecha, ardiente llama,
y pésame que tengo sólo un pecho
para llevar el mal, pero bien ama
quien procura tornar a ser deshecho.

Cuanto amor me persigue, hiere, inflama,
tanto está de mi fe más satisfecho.
¿Qué puedo yo a mi bien dar por mi gloria
si no muero? Más muerte es mi victoria.

La vida me dio Amor para la pena,
con ella satisfago el mal que siento,
y el descanso en la muerte al alma ordena
pero yo vivo alegre en mi tormento.
Amor, quien a tus males se condena,
merece que le des algún contento;
mas bien pagado está de tu grandeza
quien arde en fuego eterno de belleza.

... y lo confirma Jorge de Montemayor por boca de sus personajes predilectos. Los pastores.

... Quisiera yo, Sylvano, estar libre de esta pasión, para saber hablar en ella como en tal manera sería menester. Que no quieras mayor señal de ser el amor mucho o poco, la pasión pequeña o grande, que oírla decir al que la siente. Porque nunca pasión bien sentida pudo ser manifestada con la lengua del que la padece. Así que estando yo tan sujeta a mi desventura y tan quejosa de la sinrazón que Alanio me hace, no podré decir lo mucho que de esto siento. A tu discreción lo dejo como a cosa de que me puedo muy bien fiar.

Sylvano dijo suspirando:

—Ahora yo, Selvagia, no sé qué diga ni qué remedio podría haber en nuestro mal. Tú, por dicha, ¿sabes alguno?

Selvagia respondió:

—Y como ahora lo sé. ¿Sabes qué remedio, pastor? Dejar de querer.

—Y eso, ¿podrías tú acabarlo conmigo? —dijo Sylvano.

—Como la fortuna o el tiempo lo ordenase—respondió Selvagia.

—Ahora te digo—dijo Sylvano, muy admirado—que no te haría agravio en no haber mancilla de tu mal porque amor que está sujeto al tiempo y a la fortuna no puede ser tanto que dé trabajo a quien lo padece.

Selvagia le respondió:

—¿Y podrías tú, pastor, negarme que sería posible haber fin en tus amores o por muerte o por ausencia o por ser su favorecido en otra parte y tenidos en más tus servicios?

—No me quiero—dijo Sylvano—hacer tan hipócrita en amor que no entienda lo que me dices es posible, mas no en mí. Y mal haya el amador que aunque a otros vea sucederles de la manera

que me dices, tuviera tan poca constancia en los amores que piense poderle a él suceder cosa tan contraria a su fe...

"Rabia, frenesí, monstruo"... López Maldonado se indigna contra el tormento del amante: los celos.

Rabia mortal que al corazón condenas
en duro infierno a llanto miserable,
veneno que con hambre insaciable
te derramas y extiendes por mis venas.

Furioso frenesí que desordenas
el seso más maduro y más durable,
ira del cielo, fiera e intratable,
violenta cárcel, ásperas cadenas.

Monstruo que cielo y fuego juntamente
infundes en el pecho a do te crías,
ruina y pestilencia de la tierra.

Enemigo mortal a cuanta gente
el ancho mundo y el infierno encierra...
¡cuándo habrán fin las desventuras mías!

(López Maldonado: *Cancionero de la Academia de los Nocturnos*, t. 3, pág. 87.)

¿Cómo puede tener Amor tan gran poder? Según Gaspar Gil Polo, no es porque sea fuerte. Es el hombre quien es débil.

"No has de entender, pastora, que la fuerza que al Amor los hombres conceden, y el poderío que le atribuyen, sea ni pueda ser suyo; antes has de pensar que cuanto más su poder y valor encarecen, más nuestras flaquezas y poquedades manifiestan. Porque decir que el Amor es fuerte es decir que nuestra voluntad es floja, pues permite ser por él tan fácilmente vencida; decir que el Amor tira con poderosa furia venenosas y mortales saetas es decir que nuestro corazón es descuidado, pues se ofrece tan voluntariamente a recibirlas; decir que el Amor nuestras almas tan estrechamente cautiva es decir que en nosotras hay falta de juicio, pues al primer combate nos rendimos y aun, a veces, sin ser combatidos, damos a nuestro enemigo la libertad. Y, en fin, todas las hazañas que se cuentan del Amor no son otra cosa sino nuestras miserias y flojedades... Todos los versos de los amadores están llenos de dolor, compues-

tos con suspiros, borrados con lágrimas y cantados con agonía. Allí veréis las sospechas, allí los temores, allí las desconfianzas, allí los recelos, allí los cuidados, y allí mil géneros de penas. No se habla allí sino de muertes, cadenas, flechas, venenos, llamas y otras cosas que no sirven sino para dar tormento, cuando se emplean, y temor, cuando se nombran."

La irritación ante esa amenaza perenne puede buscar desquite por otros caminos. Beneito toma el de la sátira.

A una dama que viéndose con su galán fingió un desmayo por no defenderse

Dichoso premio merece
este venturoso ensayo
donde tu desdén fenece,
pues tu fingido desmayo
tan cierta vida me ofrece.

Pero mirado mejor,
sombra lleva de rigor,
porque a describirme viene
que quien mucho miedo tiene
debe tener poco amor.

Mas, con todo, ufano quedo,
porque amor, que se dispone
a valerme en este enredo,
para darme vida, pone
atrevimiento en su miedo.

Y esto viene a ser de suerte
que quien el desmayo advierte,
conoce, viendo tu intento,
que fue más atrevimiento
desmayarte que atreverte.

Así pagas como fiel,
pues, con desmayo fingido,
dejas de serme cruel
para darme sin sentido
lo que me niegas con él.

Pero si no le fingieras,
aunque de estudio quisieras
no ser cruel contra mí,
es tan ordinario en ti,
que de costumbre lo fueras.

... Mas es tan corta la suerte
que no puedo resistir,
que, para que el bien acierte
a llegar, ha de venir
vestido al talle de muerte.

Aunque el desmayo primero
ha salido como espero;
porque yo sé que ha salido
de ese desmayo fingido
un desmayo verdadero.

... o la lección de estrategia amorosa dada por Mora.

Cuatro estanzas a un galán que dejaba de visitar a su dama para amartelarla

... Dijéronme que adrede te retiras
de tu Leonarda, porque así pretendes
amartelarla; mas si bien lo miras,
sofístico remedio es el que emprendes
si el punto que sin ella estás suspiras,
huyendo de ella nueva llama enciendes,
y más que si mujer alguna ama
es al que tiene al lado en mesa o cama.

Porque en ausencia son antojadizas,
frágiles de memoria, y si las dejas,
al gusto le espoleas y le atizas
a darte de Moisén dos sobreorejas,
y además de que a ti te martirizas,
haces que olvide tus costumbres viejas,
que te pierda el respeto y preste oído
a huésped que después sea preferido.

Andar con privaciones de apetito
con gente que lo tiene tan dispuesto,
es vano proceder en infinito,
para quedar al fin, hombre, hecho un cesto;
todo lo que Aristóteles ha escrito,
vale, Artemio, una paja para esto;
lo que has de hacer es ir y visitalla,
que no se vence huyendo la batalla.

EL AMOR BARROCO

La palabra se retuerce persiguiendo a la imagen. Y todos los recuerdos mitológicos se agolpan para describir una pasión. Los mayores ingenios de la España literaria rinden hermoso —y a veces enrevesado— tributo al Amor.

El XVII nace todavía con aires renacentistas. Francisco de Rojas Zorrilla cuenta de un amor crecido entre imágenes bucólicas.

BLANCA: ¿Tanto me quieres?
GASPAR: Escucha:

No quiere el segador al aura fría,
ni por abril el agua mis sembrados,
ni yerba en mi dehesa mis ganados,
ni los pastores la estación umbría,

ni el enfermo la alegre luz del día,
la noche los gañanes fatigados,
blandas corrientes los amenos prados,
más que te quiero, dulce esposa mía;

que si hasta hoy su amor desde el primero
hombre juntaran, cuando así te ofreces,
en un sujeto a todos los prefiero;

y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,
y no puedo quererte más que te quiero,
aún no te quiero como tú mereces.

BLANCA: No quieren más las flores al rocío,
que en los fragantes vasos el sol bebe;
las arboledas la deshecha nieve,
que es cima de cristal y después río;

el índice de piedra al norte frío,
el caminante al iris cuando llueve,
la obscura noche la traición aleve,
más que te quiero, dulce esposo mío;

porque es mi amor tan grande, que a tu nombre,
como a cosa divina construyera
aras donde adorarle, y no te asombre,

porque si el ser de Dios no conociera,
dejara de adorarte como hombre,
y por Dios te adorara y te tuviera.

(Págs. 43 y 44.)

Y Lope dirá que un matrimonio feliz no necesita de lujos cortesanos.

INÉS: ¿Quiérete bien tu velado?
CASILDA: ¿Tan presto temes mudanza?
No hay en esta villa toda
novios de placer tan ricos;
pero aún comemos los picos
de las roscas de la boda.
INÉS: ¿Dícete muchos amores?
CASILDA: No sé yo cuales son pocos;
sé que mis sentidos locos
lo están de tantos favores.
Cuando se muestra el lucero
viene de campo mi esposo,
de su cena deseoso;
siéntele el alma primero,
y salgo a abrirle la puerta,
arrojando el almohadilla;
que siempre tengo en la silla
quien mis labores concierta.
El de las mulas se arroja,
y yo me arrojo en sus brazos;
tal vez de nuestros abrazos
la bestia hambrienta se enoja,
y sintiéndola gruñir,
dice: "En dándole la cena
al ganado, cara buena,
volverá Pedro a salir."
Mientras él paja les echa,
ir por cebada me manda;
yo la traigo, él la zaranda,
y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
y allí me vuelve a abrazar;
que no hay tan bajo lugar
que el amor no le celebre.
... Aváhole su escudilla
de sopas con tal primor
que no la come mejor
el señor de nuesa villa,
y él lo paga, porque a fe,
apenas bocado toma,
de que, como a su paloma,
lo que es mejor no me dé.
Bebe y deja la mitad,
bébole las fuerzas yo,
traigo olivas, y si no,
es postre la voluntad.

Acabada la comida,
puestas las manos los dos,
dámosle gracias a Dios
por la merced recibida,
y vámonos a acostar,
donde le pesa a la aurora
cuando se llega la hora
de venirnos a llamar.

INÉS: ¡Dichosa tú, Casadilla,
que en tan buen estado estás!

Cuando "el señor de nuesa villa" quiera invitarse en la dulce mesa, Casilda defenderá su gusto.

... Y cuando el Comendador
me amase como a su vida
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla
que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
en su yegua la tordilla,
la barba llena de escarcha
y de nieve la camisa,
la ballesta atravesada,
y del arzón de la silla
dos perdices o conejos,
y el podenco de traílla,
que ver al Comendador
con gorra de seda rica,
y cubiertos de diamantes
los brahones y capilla;
que más devoción me causa
la cruz de piedra en la ermita
que la roja de Santiago
en su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
mala fuese la tu dicha;
que si Peribáñez viene,
no verás la luz del día.

(Acto I, esc. XIII.)

Poco a poco el vocabulario se complica y la comparación se alza y extiende por las esferas... tanto, que el escritor hará su propia caricatura.

SANCHO: Divino ángel mío,
¿cuándo seré tu dueño,
sacando deste empeño
las ansias que te envío?
¿Cuándo el blanco rocío
que vierten mis dos ojos,
sol que alumbrando sales
en conchas de corales,
de que ha formado amor los labios rojos,
con apacibles calmas
perlas harás que engasten nuestras almas?

ESTRELLA: Si como mis deseos
los tiempos caminaran,
al sol aventajaran
los pasos giganteos
y mis dulces empleos
celebrara Sevilla,
sin envidiar celosa,
amante venturosa,
la regalada y tierna tortolilla,
que con arrullos roncos
tálamos hace de los huecos troncos.

SANCHO: ¡Ay, cómo te agradece
mi vida esos deseos!
Los etéreos trofeos
de la fama apetece
mi alma, y se te ofrece.

ESTRELLA: Yo con ella la vida
para que viva en ella.

SANCHO: ¡Ay amorosa Estrella,
de fuego y luz vestida!

ESTRELLA: ¡Ay, piadoso homicida!

SANCHO: ¡Ay, sagrados despojos,
norte en el mar de mis confusos ojos!

CLARINDO: ¿Cómo los dos no damos
de holandas y cambrayes
algunos blandos ayes,
siguiendo a nuestros amos?

SANCHO: ¿No callas?

CLARINDO: Ya callamos. (*Aparte a Matilde.*)
¡Ay, hermosa muleta
de mi amante desmayo!

MATILDE: ¡Ay, hermoso lacayo
que al sol de la almahaza eres poeta!
CLARINDO: ¡Ay mi dicha!
MATILDE: ¡Ay dichoso!
CLARINDO: No tiene tantos ayes un leproso.

(Lope de Vega: *La Estrella de Sevilla.* I-7.)

Un técnico en la materia —Lope— dará mil definiciones del amor. Escojamos algunas, especialmente la de su contradicción.

HIPOLITO: Todas las cosas criadas
están al amor sujetas,
y no pueden ser perfetas
si están de amor separadas.
En los orbes celestiales
hay una perfecta unión,
que causa su duración
con movimientos iguales;
y con ser los elementos
tan contrarios, él también
los hace que en paz estén,
y enfrena sus movimientos.
Al agua adora la tierra,
al aire el agua, y al fuego
el aire; que el amor luego,
vuelve en paz su eterna guerra.
Cuanto vive está con él
en una cadena eterna,
y cuanto enlaza y gobierna
tiene duración por él.
Aman, Zaida, aquestas flores,
y amor es tercero aquí;
que parece que entre sí
se casan con sus colores.
No lleva fruto la palma,
si está donde no la vea
la palma que ella desea;
que hay en los árboles alma.
Aman las fieras, suspiran
los peces mudos, las aves
dicen sus quejas suaves
a las fuentes que las miran,
y las aguas dan señales
de amar, pues con dulce son,
por estar en más unión,
se convierten en cristales.

Quiere tú, pues no es tu ser
de piedra, planta ni flor,
si quien no conoce amor
se puede llamar mujer.

(Lope de Vega: *Virtud, pobreza y mujer.*)

* * *

Emperador: Pues advierte, Federico,
que desde hoy (estáme atento)
has de buscar a quien ames,
humilde o alto sujeto;
porque en mi cámara juro
por Dios, y esto será cierto,
que no ha de entrar sin amor
hombre ninguno; que creo
que hombre que no sabe amar
no sabrá servir, y aun pienso
que no puede ser leal
ni valiente ni discreto.
No digo que amor vicioso
ocupe tus pensamientos,
sino amor casto, que obligue
virtuoso a un fin honesto.
¿Qué piensas tú, que es él solo?
Pues profesas libros, pienso
que, si a Aristóteles viste,
sabrás que dijo por ellos,
que él solo era dios o bestia;
de cuya máxima entiendo
que si acompañan amigos
el humano entendimiento,
no la voluntad, que aspira
a más estrechos deseos,
y al mismo sabio también
le desterraron los griegos,
porque adoraba a su dama
y la hizo altar o templo.

(Lope de Vega: *¡Si no vieran las mujeres!*)

"Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

No hallar fuera del bien, centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

Huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,.
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor; quien lo probó lo sabe."

(Lope de Vega: *Rimas*. Parte 1.ª)

Hasta ahora, el hombre enamorado ha sostenido la crueldad de la amada que no le corresponde. Marcela, la pastora del Quijote, *se niega a aceptar esta no buscada responsabilidad.*

"No vengo... sino a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Crisóstomo me culpan, y así ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos: que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís, y aún queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, está obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: "Quiérote por hermosa; hasme de amar aunque sea feo." Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, serían un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme:

si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedirla ni escogerla. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda: que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca."

(Cervantes: *Don Quijote*... II-44.)

Don Quijote, en cambio, no pedía nada... Le bastaba ser el más puro enamorado de la historia del mundo.

"... no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores."

¿Quién es entonces la suya?

"... Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y compararlas."

¿Cuáles son las razones del enamoramiento?

"Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son: la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumada-

mente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna la iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en la imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina."

Pero, en fin, ella existe y sus relaciones fueron dulces, lejanas y, naturalmente, platónicas:

"Y en lo que toca a la carta de amores pondrás por firma: "El Caballero de la Triste Figura". Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar.

Y aun esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre de estos ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiera ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre... y su madre... la han criado.

(I-25.)

Con este amor Don Quijote va protegido y es inútil que las demás mujeres intenten sus favores...

"Que tengo de ser tan desdichado andante que no ha de haber doncella que me mire que de mí no enamore... Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía... ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Por qué la acosáis, doncellas de catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo y no de otra

alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore o cante Altisidora; desespérese Madama por quien me aporrearon en el castillo encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido o asado, limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra."

(II-44.)

...Y el más impuro será probablemente el Gran Amante Mítico. No pueden faltar aquí sus palabras aunque respondan más al oficio que al sentimiento.

DON JUAN: ¿Dónde estoy?
TISBEA: Ya podéis ver,
en brazos de una mujer.
DON JUAN: Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo a vuestro claro cielo.
Un espantoso huracán
dio con mi nave al través
para arrojarme a esos pies
que abrigo y puerto me dan.
Y en vuestro divino Oriente
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.
TISBEA: Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y más de tanto tormento
mucho tormento ofrecéis.
Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís;
¡plegue a Dios que no mintáis!
Parecéis caballo griego
que el mar a mis pies desagua,
pues venís formado de agua
y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡plegue a Dios que no mintáis!

* * *

TISBEA: ...El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.
DON JUAN: Por lo que finges así,
ningún crédito te doy.
TISBEA: ¿Por qué?
DON JUAN: Porque, si me amaras,
mi alma favorecieras.
TISBEA: Tuya soy.
DON JUAN: Pues, di ¿qué esperas?
¿o en qué, señora, reparas?
TISBEA: Reparo, en que fue castigo
de amor el que he hallado en ti.
DON JUAN: Si vivo, mi bien, en ti
a cualquier cosa me obligo.
Aunque yo sepa perder
en tu servicio la vida,
la diera por bien perdida,
y te prometo de ser
tu esposo.
TISBEA: Soy desigual
a tu ser.
DON JUAN: Amor es rey
que iguala con justa ley
la seda con el sayal.
TISBEA: Casi te quiero creer;
mas sois los hombre traidores.
DON JUAN: ¿Posible es mi bien, que ignores
mi amoroso proceder?
Hoy prendes con tus cabellos
mi alma.
TISBEA: Yo a ti me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.
DON JUAN: Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.
TISBEA: Advierte
mi bien, que hay Dios y que hay muerte.
DON JUAN: ¡Qué largo me lo fiáis!
Y mientras Dios me de vida,
yo vuestro esclavo seré:
Esta es mi mano y mi fe.
TISBEA: No seré en pagarte esquiva.
DON JUAN: Ya en mi mismo no sosiego.
TISBEA: Ven, y será la cabaña
del amor que me acompaña
tálamo de nuestro fuego.
Entre estas cañas te esconde
hasta que tenga lugar.
DON JUAN: ¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA: Ven y te diré por dónde.
DON JUAN: Gloria al alma, mi bien, dais.
TISBEA: Esa voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.
DON JUAN: ¡Qué largo me lo fiáis!

(Tirso de Molina: *El Burlador de Sevilla* o *Convidado de piedra.* Acto II.)

En Don Juan el deseo puede llevar a la violencia. El Don Diego de Ruiz de Alarcón contará cómo ésta puede fracasar ante una mujer que no se asusta ni se deja engañar.

ZAMUDIO: Decías
de doña Clara el valor,
cuando por fuerza o amor
sujetarla pretendías.
DON DIEGO: Yo, pues, con su resistencia
más abrasado me ví,
como a la palma oprimida
el peso ayuda a subir.
Cuando con mis fuertes brazos
ciño su cuerpo gentil,
enlazados considero
a Venus y Marte así,
mas con afectos trocados.
Porque Venus está en mí
de amoroso, y Marte en ella
de esforzada y varonil.
¿Quién vio la amorosa yedra
a un muro de nieve asir,
o por árbol de diamante
trepar la halagüeña vid?
Su honor opone a mi ruego,
a mi fuerza al resistir,
a mi terneza un demonio,
a mi enojo un serafín.
No sé que haga perdido;
medios pruebo más de mil;
doile palabra de esposo,
juro que la he de cumplir...
¿Quién pensara que mujer
que jura morir por mí,
en tal ocasión, con esto
no diera a mis ansias fin?
"No precio palabras, dijo;
que nunca, don Diego, vi
al que deseoso ofrece,

arrepentido cumplir.
Si ser mi esposo pensaras,
no hubieras venido así;
que no busca malos medios
el que camina a buen fin.
Si has de casarte, no quieras
que haya sido yo ruin;
y si me engañas, no quiero
quedar sin honra y sin ti:
y para acabar porfías,
yo me determino aquí
a no cumplir tu deseo,
o entre tus manos morir.
—Con esto, yo en tema el gusto,
y en furia el amor volví,
y determiné forzar,
pues no pude persuadir.
Cogí mi Dafne en los brazos,
menos la pude rendir;
que hecha un globo de diamante,
tuvo sus fuerzas en sí.
En esto nos halló el alba;
y como la vi reír,
avergonzado y vencido
de la estacada salí.

(Ruiz de Alarcón: *La cueva de Salamanca.* Acto III, esc. I.)

El amor cuando no es correspondido... Sor Juana Inés de la Cruz destaca el resultado.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro quien mi amor maltrata,
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor y hallo diamante;
y soy diamante al que de amor me trata,
triunfante quiero ver al que me mata
y mato al que me quiere ver triunfante.

Si a este pago, padece mi deseo;
si ruego a aquel—mi pundonor enojo,
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo por mejor partido escojo
de quien no quiero ser violento empleo
que de quien no me quiere, vil despojo.

El mismo asombro en Moreto.

CARLOS: ... Pues para que se conozca
la vileza más indigna
de nuestra naturaleza;
aquella hermosura misma
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
cuando la vi desdeñosa,
por lo imposible a la vista,
la que miraba común
me pareció peregrina.
¡Oh, bajeza del deseo!
que aunque sea la codicia
de más precio lo que alcanza
que lo que se le retira,
sólo por la privación
de más valor lo imagina,
y da el precio a lo difícil,
que su mismo ser le quita.
... Corrido yo de mis ansias
preguntaba a mis fatigas:
¡Traidor corazón! ¿qué es esto?
¿qué es esto? ¡aleves caricias!
¿Lo que neutral no os agrada
os parece bien esquiva?
¿La que vista no os suspende
cuando es ingrata os admira?
¿Qué le añade a la hermosura
el rigor que la ilumina?
¿Con el desdén es hermosa
la que sin desdén fue tibia?
El desprecio, ¿no es injuria?,
la que desprecia, ¿no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿por qué os arrastra enemiga?
La crueldad a la hermosura,
¿el ser de deidad la quita?
Pues que, ¿para mí la ensalza
la que para sí la humilla?
Lo tirano, ¿se aborrece?
Pues a mí, ¿cómo me obliga?
¿Que es esto amor? ¿Es acaso
hermosa la tiranía?
No es posible, no; esto es falso;
no es esto amor, ni hay quien diga
que arrastrar pudo inhumana
la que no movió divina.
Pues, ¿qué es esto? Esto ¿no es fuego?

Sí, que mi ardor lo acredita;
no, que el hielo no le causa:
sí, que el pecho lo publica.

(Agustín Moreto: *El desdén con el desdén.* Jornada I, esc. I.)

Su protagonista utilizará las mismas armas —el desdén con el desdén— para conquistar a Diana.

DIANA: ... ¿Carlos casarse contigo,
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desdén idolatro?
(*Ap.*) Pero ¿qué digo? ¡Ay de mí!
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado,
que si está loco mi pecho,
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor,
para hacer de uno dos daños.
Muera el corazón y el pecho,
y viva de mi recato
la entereza, Cintia amiga:
si a ti te pretende Carlos,
si da Amor a tu descuido,
lo que niega a mi cuidado,
cásate con él, y logra
casto amor en dulces lazos.

... Pero ¿qué digo?
que me estoy atravesando
el corazón; no es posible
resistir a lo que paso;
toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos se asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirlo,
pues cuando lo mienta el labio,
¿cómo ha de encubrir el fuego
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero; el delirio
de mi desdén me ha llevado
a este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El Amor, como deidad,
mi altivez ha castigado;

que es niño para las burlas
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y a ti te lo he confesado,
a pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo.
Mira, si habiendo pasado
por la afrenta del decirlo,
te estará bien el dejarlo.

(Jornada III, esc. XI.)

... María de Zayas dará un final lógico —e inhumano— a la que parecía perfecta historia de amor.

..."Entre los que pretendían servir a Laura se aventajó don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los duques de Monteleón, caballero rico y galán. Vio, en fin, a Laura y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba sino sólo por no desamparar la vida; tal es la hermosura mirada en ocasión; túvola don Diego en un festín que se hacía en casa de un príncipe de los de aquella ciudad, no sólo para verla sino para amarla, y, después de amarla, darla a entender su amor tan grande en aquel punto como si hubiera mil años que que la amaba. Usase en Nápoles llevar a los festines un maestro de ceremonias, el cual, saca a danzar a las damas y las da al caballero que le parece. Valióse don Diego en esta ocasión del que en el festín asistía; ¿quién duda que sería a costa de dinero? Pues, apenas calentó con él las manos al maestro, cuando vio en las suyas las de la bella Laura el tiempo que duró el danzar una gallarda mas no le sirvió más que de arderse en aquella nieve, pues apenas se atrevió a decir: Señora, yo os adoro, cuando la hermosa dama, fingiendo justo impedimento, le dejó y se volvió a su asiento, dando que sospechar a los que miraban y que sentir a don Diego, el cual quedó tan triste como desesperado, pues en lo que quedaba del día no mereció que Laura le favoreciese siquiera con los ojos. Llegó la noche, que don Diego pasó revolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan ajena de sí cuanto propia de su cuidado, llevando en la vista la gallarda gentileza de don Diego, y en la memoria, el yo os adoro que le había oído, ya se determinaba a querer, y, ya pidiéndose estrecha cuenta de su libertad y perdida opinión como si en sólo amar se hiciese yerro, arrepentida se reprendía a sí misma, pareciéndole que ponía en

condición, si amaba, la obligación de su estado, y si aborrecía, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos y cuidados empezó a negarse a sí misma el gusto, y a la gente de su casa la conversación, deseando ocasiones para ver la causa de su descuido, y dejaba pasar los días, al parecer don Diego, con tanto descuido, que no se ocupaba de otra cosa sino en dar quejas contra el desdén de la enamorada señora, la cual no le daba, aunque lo estaba, más favores que los de su vista, y esto tan al descuido y con tanto desdén, que no tenía lugar ni aún para poderle decir su pena, porque aunque a suya la pudiera obligar a dejarse pretender, el cuidado con que la encubría era tan grande que a sus más queridas criadas guardaba el secreto de su amor.

(*El galán lleva un músico a la ventana quejándose de celos*)

...Escuchando estaba Laura la música desde el principio de ella por una menuda celosía, y determinó a volver por su opinión, viendo que la perdía, en que don Diego por sospechas, como en sus versos mostraba, se las quitaba; y así, lo que el amor no pudo hacer, hizo este temor de perder su crédito, y aunque batallando su vergüenza con su amor se resolvió a volver por sí como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dijo: Milagro fuera, señor don Diego, que siendo amante no fuerais celoso, pudes jamás se halló amor sin celos; mas son los que tenéis tan falsos, que me han obligado a lo que jamás pensé; porque siento mucho ver mi fama en lenguas de la poesía y en las cuerdas de esa laúd, y lo que peor es, en boca de ese músico, que, siendo criado será fuerza ser enemigo; yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuidados, sois vos, y seréis el que me habéis de merecer, si por ellos aventurase la vida. Disculpe vuestro amor mi desenvoltura y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde hoy para llamaros mío, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme que no dijera esto si la noche, con su oscuro manto, no me excusara la vergüenza y colores que tengo en decir estas verdades.

(*Hay una lucha entre sus hermanos y el galán, y este queda herido*).

...Y cuando pensó la hermosa Laura que las enemistades serían causa de eterna discordia se vio esposa de don Diego. ¿Quién viera este dichoso suceso y considerara el amor de don Diego, sus lágrimas, sus quejas y los ardientes deseos de su corazón, que no tuviese a Laura por muy dichosa?

Quién duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos: ¡Oh, quién fuera tan venturoso que mis cosas tuvieran tan dichoso fin como el de esta noble dama! ¿Y más las mujeres que no miran en más inconvenientes que su gusto? Y de la misma suerte, ¿quién verá a don Diego gozar en Laura un asombro de hermosura, un extremo de riqueza, un colmo de entendimiento y un milagro de amor, que no diga que no crió otro más dichoso el cielo? Pues, por lo menos, siendo las partes iguales, ¿no es fácil de creer que este amor había de ser eterno? Y lo fuera, si Laura no fuera, como hermosa, desdichada, y don Diego, como hombre, mudable; pues a él no le sirvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni a ella le valió la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discreción contra el desdén, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho y se estiman en poco.

El cariño está en la primera esquina. A veces atraviesa el disfraz como cuando Segismundo "ve" a Rosaura vestida de hombre.

... Tú sólo, tú, has suspendido
la pasión de mis enojos,
la suspensión a mis ojos,
la admiración a mi oído.
Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aún más mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
que mis ojos deben ser,
pues cuando es muerte el beber,
beben más, y de esta suerte,
viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera,
que no sé rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera.
Fuera, más que muerte fiera,
ira, rabia y dolor fuerte;
fuera vida. De esta suerte
su rigor he ponderado,
pues dar vida a un desdichado
es dar a un dichoso muerte.

(Calderón de la Barca: *La vida es sueño*. Acto I, escena I.)

La persecución, el seguirla... único lugar seguro de encontrar a una española del XVII, la iglesia. He aquí un gracioso y exagerado piropo... y un juego de palabras sobre la muerte y el derecho de asilo.

GINÉS: Ya vuesarcé no se acuerda
de aquel pobre caballero
que el otro día en la iglesia
le bebió dos dedos de agua
a la pila, porque en ella
metió vuesarcé un dedo,
y suaced dijo: ¿Pudiera
en una taza del Prado
hacerse mayor fineza?

(Lope de Vega: *Quien todo lo quiere.*)

* * *

DON GARCÍA: ... ¿Posible es que os llego a ver,
homicida de mi vida?
Mas como sois mi homicida,
en la iglesia hubo de ser.
Si os obliga a retraer
mi muerte, no hayáis temor;
que de las leyes de amor
es tan grande el desconcierto,
que dejan preso al que es muerto,
y libre al que es matador.
Ya espero que de mi pena
estáis, mi bien, condolida,
si el estar arrepentida
os trajo a la Magdalena.
Ved como el amor ordena
recompensa al mal que siento;
pues si yo llevé el tormento
la gloria me llevo ahora
de vuestro arrepentimiento.
¿No me habláis, dueño querido?
¿No os obliga el mal que paso?
¿Arrepentisos acaso
de haberos arrepentido?
Que advirtáis, señora, os pido
que otra vez me mataréis;
si porque en la iglesia os veis
probáis en mí los aceros,
mirad que no ha de valeros
si en ella el delito hacéis.

(Ruiz de Alarcón: *La verdad sospechosa.*
Acto III, esc. 4.)

Recelemos del amor, dice Góngora en el soneto más sensual de las letras españolas.

La dulce boca que a gustar convida
un amor entre perlas destilado,
y a no envidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,

amantes, no toquéis si queréis vida;
porque entre un labio y otro colorado
amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que a la aurora
diréis que aljofaradas y olorosas,
se le cayeron del purpúreo seno;

manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huyen del que incitan ahora,
y sólo del amor queda el veneno.

...y mucho más cuando cruza los sagrados umbrales de la familia. Federico, enamorado de su madrastra, se desespera.

Pues, señora, yo he llegado
perdido a Dios el temor
y al duque, a tan triste estado,
que este mi imposible amor
me tiene desesperado.
En fin, señora, me veo
sin mí, sin vos y sin Dios:
sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, porque estoy sin vos;
sin vos, porque no os poseo.
... En tantos males me empleo
después que mi ser perdí,
que aunque no verme deseo,
para ver si soy quien fui,
en fin, señora, me veo.
... Culpa tenemos los dos
del no ser que soy ahora,
pues olvidado por vos
de mí mismo, estoy, señora,
sin mí, sin vos y sin Dios.
... Si en desearos me empleo,
y El manda no desear
la hermosura que en vos veo,
claro está que vengo a estar
sin Dios por lo que os deseo.

... ¿Qué habemos de hacer los dos,
pues a Dios por vos perdí,
después que os tengo, por Dios,
sin Dios, porque estáis en mí,
sin mí, porque estoy sin vos?
... Sin vos y sin mí peleo
con tanta desconfianza:
sin mí, porque en vos ya veo
imposible mi esperanza;
sin vos, porque no os poseo.

(Lope de Vega: *El castigo sin venganza.* Act. II, escena XVI.)

Cuando el deber se interpone entre los amantes duda Góngora.

Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.
Trescientos cenetes eran
deste rebato la causa;
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;
y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican
y freno de amor le para;
no salir es cobardía,
ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:
"Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama,
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.

Vestíos y salid apriesa,
que el general os aguarda;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.
Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda;
que tenéis de acero el pecho
y no habéis menester armas."
Viendo el español brioso
cuanto le detiene y habla,
le dice así: "Mi señora,
tan dulce como enojada,
porque con honra y amor
yo me quede, cumple y vaya,
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma."
"Concededme, dueño mío,
licencia para que salga
al rebato en vuestro nombre
y en vuestro nombre combata."

Pero todo es en vano; cuando el amor es verdadero nada lo detiene y la misma materia sobrevivirá a la muerte. "Polvo serán, mas polvo enamorado."Canta Quevedo.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no desotra parte en la ribera
dejará la memoria, en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

SIGLO XVIII. EL AMOR NEOCLASICO

El grito se hace susurro "civilizado". La Razón permite amar sin violencias, entre brisas y dulces jardines. Y bajo la vigilancia —tan amable como lógica— de padres y tutores (aunque a veces se descare don Ramón de la Cruz).

Al XVIII le encanta dar consejos a jovencillas. Consejos que animan a dejarse llevar por la naturaleza... razonablemente.

Los días de Belisa

La flor de la aldea,
zagaleja linda,
modelo de gracia
que todas envidian,
porque te sonríes
cuando Blas te mira,
te dice tu madre:
No seas tan niña.

Trece abriles solos
han dado, Belisa,
lirios a tu cuello,
rosa a tus mejillas;
y ella en siete lustros
pierde el ser bonita,
dándole así en rostro
que seas tan niña.

El vecino bosque
mientras se retira
Febo con sus rayos
a lejanos climas,
a pasar la fiesta
grato nos convida;
ven con las zagalas,
no seas tan niña.

Ven a jugar, vamos;
que en unión sencilla
celebrar debemos
de tu santo el día:

si bailar contigo
tu zagal codicia,
no se lo rehúses,
no seas tan niña.

De tu dulce boca
saber solicita,
si tiene en tu pecho
su amor acogida:
¡Temes como al lobo,
simple corderilla,
y a tu madre llamas!
No seas tan niña.

Su vista te alegra;
y si en ti por dicha
sus miradas tiernas
amoroso fija,
tu naciente seno
sin cesar se agita:
dile que le quieres;
no seas tan niña.

Págale amorosa
con blandas caricias;
pues amarte jura,
mientras tenga vida;
dale un beso en prendas
de tu fe sencilla;
tiempo es ya de amores;
no seas tan niña.

La flor de Citérea
la más exquisita,
pediráte luego
con instancias vivas;
dársela no debes,
si tu bien estimas:
y aunque niña seas,
no seas tan niña.

Pablo de Jérica.)

Dafnis y Cloe: en escena. Los niños que inesperadamente dejan de serlo vistos por Alberto Lista.

El beso

... Al bosque apacible de altivos laureles
¡Ay, Filis! ¿Te acuerdas?
Huyendo de Febo, llevónos un día
la férvida siesta.

Allí recostados al margen florido
de fuente encubierta,
que en mansos raudales los mirtos y rosas
halaga parlera,

de tórtola amante hirió nuestro oído
la ardiente querella,
y en trinos suaves su fuego amoroso
lanzó, Filomena.

No sé qué torrente de llama sabrosa
corrió por mis venas,
y en dulce esperanza de nuevos placeres
mi pecho enajena.

Ansioso te pido el beso de amiga;
y tú, blanda y tierna,
mi ardiente mejilla con boca inocente
buscabas contenta.

¿Por qué, ya sedientos de gozos acerbos,
te di en vez de ella
mis labios, que osaron sellar por su daño
la rosa entreabierta?

¿Por qué respirando su aroma divino,
gusté de entre perlas
la miel destilada que fiera ponzoña
ya el alma me quema?

Después de aquel día, mi pecho encendido
sosiego no encuentra,
ni el campo me agrada, ni busco del Betis
las plácidas vegas.

Dejé los amigos, los libros me enfadan,
y, Filis, tú mesma
con blandos afectos, con puras caricias
mi pecho atormentas.

Y al mal que padezco, querido bien mío,
remedio no queda,
si no haces que al beso que fue mi ruina,
mil besos sucedan;

al nombre de amigo, delirios amantes;
y al prado y la selva,
el tálamo blando, la antorcha fecunda,
que amores sosiega.

La bella juega con una paloma como en un camafeo del tiempo. Y Meléndez Valdés se lamenta dulcemente...

Entre tantos halagos
y amorosos cariños
como a tu palomita
prodigarle te miro.

¿No hallarás ni uno solo
para quien tan rendido
obedece tus leyes
te idolatra tan fino?

Tú en el halda la pones,
y con ruego benigno
quejumbrosa la llamas,
de tu seno al abrigo.

Con tus labios de rosa
solicitas su pico,
repasando su pluma
con tu rostro divino.

Y con besos tan llenos
cual dar nunca te he visto,
sus arrullos provocas,
y su muerdo lascivo.

No hay favor ni requiebro
que en tu loco delirio
no le digas amante,
no me inflame al oírlo.

Y yo, cruda, no alcanzo
que a mis tiernos suspiros
desarmados acaben
tus celosos desvíos.

Pues pierde en tu paloma,
por un ciego capricho,
las gracias que no entiende,
los besos que yo envidio.

Que Amor me hará justicia...
pero no, dueño mío,
yo venganzas no busco,
sino juegos y mimos.

"Carpe diem". La vida pasa y hay que gozarla en los retocados jardines de Watteau.

Si tú me quisieras,
mi adorado bien,
verías mi alma
nadar en placer.

Tu mirada amable,
tu noble desdén,
tienen dulcemente
cautivo mi ser.

¡Ay, si a ti enlazado
me viera una vez,
cual la amante hiedra
se ciñe al laurel!

¡Ay, si yo tu aliento
pudiera beber,
de tus labios rojos
cogiendo la miel!

Ya siento en mi alma
la grata embriaguez
de aroma, que rico
hacen tu vergel.

La azucena y rosa
mezcladas se ven
al lirio y al nardo,
al mirto y clavel.

De tan dulce encanto
gocemos, mi bien;
gocemos, que el tiempo
no vuelve después.

(Manuel María de Arjona.)

La violencia amorosa del siglo anterior deja paso a afecto sincero refrenado por el respeto ante el padre o tutor. Así nos lo describe Moratín.

DOÑA FRANCISCA: Nadie parece aún... ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es el amor... Sí, diecisiete

años y no cumplidos, pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

(*El sí de las niñas.* Acto II, esc. 1.)

DOÑA FRANCISCA: Mi madre me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CARLOS: Y usted, ¿qué esperanzas le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA: ¡Ingrato!... Pues no sabe usted que... ¡Ingrato!

DON CARLOS: Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA: Y el último.

DON CARLOS: Y antes perderé la vida que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él mío...¿Digo bien? (*Asiéndola de las manos.)*

DOÑA FRANCISCA: ¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS: ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima! Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí... ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues a eso mismo vengo yo...

(II-7.)

* * *

... DON CARLOS: Entre las gentes convidadas hallé a doña Paquita, a quien la señora había sacado aquel día del convento para que esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella, que excitó en mi una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oírla, de hallarme a su lado, de hablar con ella, de hacerme irresistible a sus ojos... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasión que mientras viva me hará infeliz.

... DON DIEGO: ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esa venida?

DON CARLOS: Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar a Madrid, verle a usted... y pedirle... su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO: Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CARLOS: Sí, señor.

DON DIEGO: Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que a ti te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano, así que...

DON CARLOS: Pero no el corazón. *(Levántase.)*

DON DIEGO: ¿Qué dices?

DON CARLOS: No, eso no... sería ofenderla... usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías. Yo, yo seré la causa... Los suspiros que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas a un amigo ausente.

DON DIEGO: ¿Qué temeridad es esta? *(Se levanta con mucho enojo dirigiéndose a Carlos que se va retirando.)*

DON CARLOS: Ya se lo dije a usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero, acabemos esta odiosa conversación. Viva usted feliz y no me aborrezca que yo en nada le he querido disgustar... la prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue a lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO: ¿Conque en efecto te vas?

DON CARLOS: Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO: ¿Por qué?

DON CARLOS: Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran a verificar... entonces...

DON DIEGO: ¿Qué quieres decir? (*Asiendo de un brazo a Carlos le hace venir más adelante.*)

DON CARLOS: Nada... que apetezco la guerra porque soy soldado.

DON DIEGO: ¡Carlos... que horror! ¿y tienes corazón para decírmelo?

DON CARLOS: Alguien viene... tal vez será ella... quede usted con Dios.

DON DIEGO: ¿A dónde vas?.. No, señor, no has de irte.

DON CARLOS: Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle a usted inquietudes crueles.

DON DIEGO: Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS: Pero si...

DON DIEGO: Haz lo que te mando (*Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego*).

(III-10.)

... Este es el matrimonio aburguesado y tranquilo que puede resultar de esa clase de amores.

La respuesta sencilla

Hallábame yo un día
con Tirsa en una sala,
escribiendo unos versos
mientras ella bordaba.
Estábamos por suerte
espalda con espalda,
y era fuerza por verla
que volviese la cara;
miré una vez, y otra,
y ciento, y entre tantas,
siempre a sus dulces ojos
los míos se encontraban.
Mojaba yo mi pluma,
mas antes que formara
una dicción, tenía
otra vez que mojarla.
Ella su fina aguja
mil veces enhebraba,
y al mirarme, del ojo
la seda se le escapa.
Díjome: —Me parece
que muy poco trabajas.
—Pues tu labor, respondo,
no va más avanzada.
—Es que yo quiero verte.
—Lo mismo a mí me pasa.
—Pues, ea, no me mires,
toma un beso y trabaja.
Diómele, y al momento
volvímonos la espalda;
pero al renglón primero
torné amante a mirarla,
y cuando yo creía
que oficiosa bordaba,
advierto que risueña
mirándome se halla.

Díjela: —¿A qué me miras?
—¿Sabes por qué miraba?
Para reñirte al punto
que volvieses la cara.
—No es esa, dueño mío,
de mirarme la causa.
—¿Pues cuál es? —Que sin verse
no viven nuestras almas.

(José Vicente Alonso.)

Sigue siendo ilógico, ¿cómo no? y por ello es severamente interrogado por los poetas. Su respuesta es en cierto modo también del tiempo. Pero más "déspota" que "ilustrado".

La respuesta del amor

Pregunté un día a Amor: Por qué entre tantos,
como a su dura ley viven sujetos,
producía tan varios los efetos:
risas en unos, y en los otros llantos.

Unos sufren pesares y quebrantos
porque ven mal pagados sus afetos;
otros, volubles, llenos de defetos,
celebran mil trofeos en sus cantos.

Amor, que a mi pregunta estuvo atento,
me dio con desenfado esta respuesta:
Yo doy al más amante más tormento.

Díjele: A la razón ley es opuesta.
Y él me responde, al irse por el viento:
Soy soberano, mi razón es esta.

Su mando, sin embargo, es el mismo. Y es inútil que la Razón busque la forma de evitarlo para ahorrarse sufrimientos, señala Arriaza.

El propósito inútil

Ardí de amor por la voluble Elfrida,
y ella en mi incendio se mostró abrasar:
burló mi fe, pero sanó mi herida:
amor, amor, no quiero más amar.

Amar al uso es conservar su calma
y en falso labio la pasión mostrar,
y pues amar y abandonar el alma
no se usa ya, no quiero más amar.

Díceme Amor: "¿Qué miedo te importuna?
Tus dichas yo me ocuparé en colmar,
pues las tres Gracias voy a unirte en una."
No importa, Amor: no quiero más amar.

Luego a mis ojos se ofreció Delina
cual solo Amor se la acertó a idear;
yo digo al verla: Es en verdad divina;
pero yo, en fin, no quiero más amar.

Es a su lado pálida la rosa,
triste el lucero que preside al mar;
de incautas almas perdición forzosa;
mas yo, ¡ay Amor!, no quiero más amar.

Se ven las flores, por besar su planta
cuando ella baila, la cabeza alzar:
se escucha a Erato si mis versos canta;
mas yo, ¡ay de mí!, no quiero más amar.

De mil amantes la veré seguida;
que ni aun sus dichas me darán pesar;
y en celebrarla he de pasar mi vida;
mas basta así; no quiero más amar.

"Síguela pues, me dice el niño ciego;
sin riesgo puedes de su luz gozar;
que si te acercas por descuido al fuego,
yo gritaré: No quiero más amar."

Necio de mí que con acción sumisa
a los pies de ella me dejé arrastrar,
sin ver de Amor la maliciosa risa
al yo decir: No quiero más amar.

Ya por instantes en mi incauto pecho
la llama antigua crece sin cesar;
mas ¡ay Delina! el mal era ya hecho;
que haberte visto es empezarte a amar".

... la reconciliación llega entre brisas campestres.

LIDIA: Calla, pastor aleve;
calla que por Dorila me has dejado,
y más que el viento leve,
el voto has quebrantado,
que mi alma fina imaginó sagrado.

FILENO: Calla, falaz pastora,
que das tu fe por Licida al olvido,
y voluble y traidora,
el voto no has cumplido
con que a ti me juzgué por siempre unido.

LIDIA: Pues ¡ay! celoso mío,
calma tu ceño, cálmalo, y entremos
por este bosque umbrío,
do piques olvidemos,
y al dulce amor y nuestra unión cantemos.

FILENO: Pues canta, Lidia bella,
y ayes y vientos párense a escucharte.
Ven; con tus brazos sella
la fe con que agradarte
y nombre anhelo entre las bellas darte.

(Meléndez Valdés.)

Pero ese afecto blandengue es sólo entre petimetres. La gente del pueblo vibra todavía con la violencia de su raza, dice Ramón de la Cruz.

MARIANA: Buen remedio
echar por esa otra acera.
MARTÍNEZ: No pierdas nada en que yo
vaya a tu lado por esta.
MARIANA: Tampoco gano.
MARTÍNEZ: ¿Pues qué?
¿tienes quien te pida cuenta?
MARIANA: Y quien la ajuste también.
MARTINEZ: Pero ¿merece la pena?
MARIANA: Es de mi gusto y San Juan.
MARTÍNEZ: Con todo ya consideras
que una golondrina no hace
verano, y que por la puerta
que entran dos en una casa
pueden entrar tres.
MARIANA: ¿De veras?
Me ha gustado.
Esto es poner
ejemplo que te convenza.
MARIANA: Pues gusto yo de ejemplitos
ni mi marido de fiestas;
y, sobre todo, yo soy
una pobre lavandera;
usted es señor y algo más,

y yo tengo cuatrocientas
razones para enviarle
noramala. La primera
que dice el adagio: cada
oveja con su pareja.
La segunda, que aunque probe
cada uno tiene, en su esfera,
su honra y su alma en sus carnes;
y no es posible que pueda
gustarme nada, teniendo
un marido que se lleva
la palma de los maridos;
de aquellos que cuando entran
a cualquier hora en su casa,
y en una china tropiezan,
dan una voz y estremecen
toda la circunferencia.

MARTÍNEZ: ¿Y se porta bien contigo?

MARIANA: Me empalaga de pesetas
cuando yo quiero, y cuando a él
se le pone en la cabeza,
me desembarca una flota
de patadas y me deja
más alegre que un fandango
con bandurria y castañuelas.

MARTÍNEZ: ¡Prueba es de cariño!

MARIANA: ¡Toma!
Quien quiere da con franqueza.
Váyase por otras veces
que se está con la vihuela
componiéndome cantares
y por cierto que esta siesta,
que estaba de humor, me dijo
muy tierno de esta manera.

"Manzanares, Manzanares,
pocas aguas hay en ti
para templar los ardores
de los hijos de Madrid."

MARTINEZ: ¿Esa gracia tienes más?

MARIANA: Y otras mil que hay encubiertas.

MARTÍNEZ: ¿Y cómo quedamos?

MARIANA: Buenos.
¿Y por allá? Anda, Manuela;
que le está dando al señor
mucho sol en la cabeza
y le dará un tabardillo.

MARTÍNEZ: Vamos andando.

MARIANA: Una legua
de nosotras, caballero.

MARTÍNEZ: ¿Con que, por fin, me desprecias?
MARIANA: ¡Clarito! Yo solo gusto
de uno que es hombre de veras,
y sabe a cada suspiro
apagar un par de velas.
Los demás que andan por ahí
con pasos a la francesa,
suspiros a la italiana,
embeleso a la flamenca
y voz a lo portugués,
no son hombres que me petan;
porque a quien come alfeñique
le duelen después las muelas.
Arrea, tonto, y nosotras
paso largo y voz risueña.

Una pasión ya romántica encerrada todavía en las tres unidades.

El rey Alfonso lucha con la razón de estado que le obliga a separarse de su amada Raquel.

ALFONSO: ¿Qué es esto, sacros cielos? ¿Qué centella,
qué extraordinario amor no conocido
a mi pecho ha inspirado, Raquel mía,
tu llanto y tu dolor? ¿Cúando se ha visto
sino en mi daño tan extraño ejemplo?
¿Fenómeno tan raro y peregrino?
Alza, Raquel, del suelo; de tu llanto
suspende los raudales; no abatido
tengas el cielo, de quien eres copia.
No desperdicies los tesoros ricos
de tus preciosas lágrimas; recoge
al lastimado pecho los suspiros.
Deja el llanto y dolor, deja la pena
a este infeliz, a quien el hado impío
maltrata con rigor tan importuno.
A mí, a quien el perderte es ya preciso,
y muriendo vivir en esta ausencia
corresponde, Raquel, este ejercicio.
Segura partir puedes, de que en cuando
este espíritu rija el condolido
cuerpo, que tantos males debilitan,
su alimento será y manjar continuo
llanto y dolor, pesar y sentimiento.
Mas, ¡ay de mí, infeliz! ¿Qué he proferido?
¿Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
¿Yo puedo proponerlo y consentirlo?
¿Yo, que aliento al influjo de su vista?

¿Yo, que en fe de que me ama solo animo?
No es posible, ni el cielo lo consienta.
Raquel, no has de partir: antes el hilo
se corte de mi vida.

RAQUEL: ¿Qué he escuchado?
¿Qué pronuncias, señor? ¿No sois vos mismo
quien ha determinado mi destierro?

ALFONSO: Fue atentado, fue error, fue desvarío.

(V. García de la Huerta: *Raquel*. Acto I, esc. VI.)

... y mucho más en Cadalso. Los dioses griegos, "Filis", el verso neoclásico no bastan a enfriar la voz del poeta cantando la muerte de su amada.

Niño temido por los dioses y hombres,
hijo de Venus, ciego amor tirano,
con débil mano vencedor del mundo,
dulce Cupido.

Quita del arco la fatal saeta,
deja mi pecho, que con fuerza heriste
cuando la triste, la divina Filis,
me dominaba.

Desde que el hilo de su dulce vida
por dura parca feneció cortado,
desde que el hado la llevó a la sacra
cumbre de Olimpo.

Cuando constante con promesa justa
de que ella sola me sería cara,
aunque pasara las estigias olas
con Aqueronte.

De negros lutos me vestí llorando,
y de cipreses coroné mi frente,
eco doliente me llevó con quejas
hasta su tumba.

Sobre la losa que regué con sangre
de una paloma, negra y escogida,
fue repetida por mi voz la sacra
justa promesa.

Fría ceniza, repetí mil veces,
sombra de Filis, si mi pecho adora
a otra pastora desde tan tremenda
lóbrega noche.

Haz que a mi falso corazón asombre
cuanto las cuevas del Averno ofrecen,
cuanto padecen los malvados, cuanto
Sísifo sufre.

Jurelo, Filis, por tu amor y el mío,
por Venus misma, por el sol y luz,
por la laguna que venera el Padre
Omnipotente.

Las losas duras, a mi acento triste,
mil veces dieron ecos horrorosos,
y de dudosos aires resonaron
túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
dijo: Dalmiro, cumple lo jurado;
quedé asombrado, sin mover los ojos,
pálido, yerto.

Temo, si rompo tan solemnes votos.
que Jove apure su rigor conmigo,
y otro castigo que el de ser llamado
pérfido, aleve.

Entre los brazos de mi nueva amante,
temo la imagen de mi antiguo dueño:
ni alegre sueño ni tranquilo día
ha de dejarme.

En vano Clovis, (cuyo amor me ofreces)
y a cuyo pecho mi pasión inclinas,
pone divinas perfecciones juntas
ante mis ojos.

Ante mi vista se aparece Filis,
en mis oídos su lamento suena,
todo me llena de terror y espanto,
tímido caigo.

Lástima causen a tu pecho ¡oh niño!
las voces mías, mis dolientes voces,
y si conoces el dolor que causas,
lástima tenme.

La nueva antorcha que encendiste apaga,
y mi constante corazón respire,
haz que no tire tu invencible mano
otra saeta.

... que termina no sólo el amor si no lo que este inspiraba: la poesía.

Fediato a la muerte de Filis

Mientras vivió la dulce prenda mía,
amor, sonoros versos me inspiraste,
obedecí la ley que me dictaste,
y sus fuerzas me dio la poesía.

Mas ¡ay!, que desde aquel aciago día
que me privó del bien que tu admiraste,
al punto sin imperio en mí te hallaste,
y hallé falta de ardor a mi Talía.

Pues no borra su ley la Parca dura
(a quien el mismo Jove no resiste)
olvido el Pindo y dejo la hermosura.

Y tú también de tu ambición desiste,
y junto a Filis tenga sepultura
tu flecha inútil y mi lira triste.

(Cadalso: *Noches lúgubres*. págs. 55-60.)

EL AMOR Y EL ROMANTICISMO

Trovadores y guerreros de nuevo, pasión que arrolla obstáculos morales o religiosos. El abandono equivale a la muerte y ésta es una enamorada más a la que cantar. Desmelenamiento del corazón. El Amor ha encontrado un siglo.

Como una alegre diana se despierta el amor en Espronceda.

Serenata

Despierta, hermosa señora,
señora del alma mía;
den luz a la noche umbría
tus ojos que soles son;
despierta, y si acaso sientes
tu corazón conmovido,
es que responde el latido
de mi amante corazón.

Oye mi voz.

La flor más pura y galana
que el abril fecundo adora,
al despuntar de la autora
perfuma el primer albor;
pero es mil veces más puro
de tu boca el blando aliento
si perfuma en torno el viento
tierno suspiro de amor.

Oye mi voz.

Adiós, mil dulces amores
que envidiosa el alba fría
ya raya en oriente el día
por turbar nuestro placer.
Adiós, señora; mi alma
dejo, al partirme, contigo;
amante triste, maldigo
aurora, tu rosicler...
Guárdame fe.

Un amor que nace con el ser humano...

DIEGO: "Yo creo que al darme el ser
quiso formar el Señor
modelos de puro amor,
un hombre y una mujer.

Y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dió un alma en dos partida,
y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
y ambos los ojos abrimos
en un día y una hora.
Desde los años más tiernos
Fuimos ya finos amantes;
desde que nos vimos... antes
nos amábamos sin vernos;
porque el amor principió
a enardecer nuestras almas
al contacto de las palmas
de Dios cuando nos crió,
y así fue nuestro querer,
prodigioso en niña y niño,
encarnación del cariño
anticipado al nacer,
seguir Isabel y yo,
al triste mundo arribando,
seguir con el cuerpo amando
como el espíritu amó."

(Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel.* Acto I, esc. IV.)

... o es despertado por insinuaciones interesadas.

... si habré metido mal caos,
en su cabeza don Juan.
Le hablé del amor, del mundo,
de la corte y los placeres,
de cuánto con las mujeres
erais pródigo y galán.
La dije que erais el hombre
por su padre destinado
para suyo; os he pintado
muerto por ella de amor,
deseperado por ella,
y por ella perseguido,
y por ella decidido
a perder vida y honor.
En fin, mis dulces palabras,
al posar en sus oídos,
sus deseos mal dormidos
arrastraron de sí en pos;

y allá dentro de su pecho
han inflamado una llama
de fuerza tal, que ya os ama
y no piensa más que en vos.

(Zorrilla: *Don Juan Tenorio,* parte 1.ª,)

... y una carta que llega a echar leña a la hoguera.

"Nuestros padres, de consuno,
nuestras bodas acordaron
porque los cielos juntaron
los destinos de los dos.
Y halagado desde entonces
con tan risueña esperanza,
mi alma, doña Inés, no alcanza
otro porvenir que vos,
De amor con ella en mi pecho
brotó una chispa ligera,
que han convertido en hoguera
tiempo y afición tenaz.
Y esta llama, que en mí mismo
se alimenta, inextinguible,
cada día más terrible
va creciendo y más voraz.
Es en vano que a apagarla
concurren tiempo y ausencia
que doblando su violencia
no hoguera, ya volcán es.
Y yo, que en medio del cráter
desesperado batallo,
suspendido en él me hallo
entre mi tumba y mi Inés."

(I-III)

No es raro que doña Inés se turbe.

"No sé; desde que le vi,
Brígida mía, y su nombre
me dijísteis, tengo a ese hombre
siempre delante de mí.
Por doquiera me distraigo
con su agradable recuerdo,
y si un instante le pierdo,
en su recuerdo recaigo.
No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce,
que siempre hacia él se me tuerce
la mente y el corazón.

BRÍGIDA: ... Válgame Dios, doña Inés,
según lo vais explicando,
tentaciones me están dando,
de creer que eso, amor es...

La difícil definición. Oigamos a Bécquer.

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
Hoy creo en Dios...

(Rima XVII)

o bien...

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿qué sucede?
Es el amor que pasa.

(Rima X)

... y a Larra...

"¿Quieres saber lo que es el amor? Recógete dentro de ti misma, y si es verdad que lo abrigas en tu alma, siéntelo y lo comprenderás, pero no me lo preguntes.

"Yo sólo te podré decir de él que es la suprema ley del Universo, ley misteriosa por la que todo se gobierna y rige, desde el átomo inanimado hasta la criatura racional; que de él parten y a él convergen como a un centro de irresistible atracción todas nuestras ideas y acciones; que está, aunque oculto en el fondo de toda cosa, y efecto de una primera causa: Dios; es, a su vez, origen de esos mil pensamientos desconocidos que todos ellos son poesía, poesía verdadera y espontánea que la mujer no sabe formular, pero que siente y comprende mejor que nadie."

(*El Doncel.* Cap. XV.)

Y cuando se llega a la comprensión mutua...

"Dos rojas lenguas de fuego
que a un mismo tronco enlazadas,
se aproximan, y al besarse
forman una sola llama;

dos notas que del laúd
a un tiempo la mano arranca,
y en el espacio se encuentran
y armoniosas se abrazan;
dos olas que vienen juntas
a morir sobre una playa,
y que al romper se coronan
con un penacho de plata;
dos jirones de vapor
que del lago se levantan,
y al juntarse allá en el cielo
forman una nube blanca;
dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden...
Eso son nuestras dos almas"

(Rima XXIV)

Para Bécquer debe ser totalmente puro...

"Yo soy ardiente, yo soy morena
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas? No es a ti; no.

Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternuras guardo un tesoro.
¿A mí me llamas?—no, no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz,
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte... ¡oh, ven!, ven tú."

* * *

"Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte, te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul."

Igualmente lo cree Carolina Coronado.

"Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
espíritu de luz y agua formado,
tú que de mi corazón eras amado,
sin recordar en tu figura al hombre.

Angel eres tal vez, a quien no veo
ni lograré jamás ver en la tierra;
pero sin verte en tu existencia creo
y en adorarte mi placer se encierra."

Un amor capaz de superar la técnica.

¿Son esas
sus facciones? Pues sabed
que sin maestro ni regla,
de amor guiada la mano,
torpe antes y luego diestra,
yo supe a ese rostro dar
semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia.

(Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel,* 84-85.)

... nacido por la imaginación...

"El carácter de Elvira simpatizaba no poco con las ideas del amor, constancia eterna y demás virtudes caballerescas que en aquel libro leía; hubiera dado la mitad de su existencia por hallarse en el caso de la bella Oriana, y aún no le faltaba a su imaginación ardiente un retrato de Amadís cuya fe la hubiera lisonjeado más que nada en el mundo; era este un mancebo generoso de la corte de Enrique III, a quien había conocido desgraciadamente después que a Fernán Pérez de Vadillo.

... Elvira, juguete de la naturaleza que puede más que sus criaturas, no sabía ella misma que iba tomando sobre su corazón demasiado imperio un amor ilícito y peligroso. Por desgracia su virtud misma era su mayor enemigo; la confianza en que estaba de que nunca podrían faltarle fuerzas para resistir, la hacía entregarse, sin miedo y con criminal complacencia a mil ideas vagas que cada día iban ganando más terreno en su imaginación. Encontrábase en fin en aquel estado en que se halla una mujer cuando solo necesita una ocasión para conocer ella misma y dar a conocer acaso a su propio amante la ventaja que sobre ella ha adquirido. Como un incendio que crecido oculto e ignorado en la armazón de una casa vieja, que no ha menester sino que descubriéndose una pequeña parte de la techumbre que le cubre tenga entrada la más mínima porción de aire, entonces estalla de repente como un vasto infierno improvisado, se lanzan las llamas en las nubes, crujen las maderas, y viene al suelo el edificio desplomado, sepultando en sus ruinas al incauto y desprevenido propietario."

(Larra: *Macías el enamorado.)*

... o por la compasión.

LAURA: ¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero!... Deja, déjame; yo las enjugaré con mi mano...

RUGIERO: Solo, huérfano, sin amparo ni abrigo... sin saber a quienes debo el ser, ni siquiera la tierra en que nací... ¿Por qué me amas, Laura, por qué me amas? Basta que seas mía para que seas desgraciada.

LAURA: Más quiero contigo todas las desdichas juntas que lejos de ti todos los bienes de la tierra... Mira, Rugiero, con toda mi alma te lo digo: quizá no te amaría tanto si fueras feliz... Pero cuando oía referir tus desgracias y escuchaba los elogios que de ti hacían, tu valor en los combates y tu clemencia con los vencidos... yo no sé lo que sentía; pero antes de conocerte ya te amaba. Yo nací para ti, Rugiero; para consolarte en tus penas, para hacerte olvidar tu orfandad y llenar el vacío de tu corazón... ¿Qué te falta, di, adorándote yo?

RUGIERO: Tú no eres una mujer; eres un ángel; el cielo te ha enviado para hacerme sobrellevar la vida.

(F. Martínez de la Rosa:

Capaz de utilizar todos los medios para alcanzar a la amada.

MACÍAS: ¡Si me ama, decídmelo! Entonces la corte no puede serme nunca funesta, porque aun muriendo, si muero amado seré dichoso. Si no me ama, callad. Yo he oído decir que conocéis los hechiceros mil medios que inspiran el amor. Enloquecedla, Abenzarsal, haced vos lo que debiera mi mérito haber hecho; ámeme ella, y sea como quiera. ¿Qué condiciones son precisas? ¿Cuál es el premio de vuestro trabajo?... ¡Oh! Elvira, Elvira, ¡cuánto me cuestas! ¿Necesitas mi cuerpo, mi sangre? He aquí, herid y consultad mis venas... ¿Necesitas mi alma? ¡Maldición, maldición! Haced que me adore, Abenzarsal, y tomadla bien. ¡Que me ame! ¡Que me adore!, y todo lo demás, después.

(Larra: *El doncel de don Enrique el Doliente.)*

Don Juan termina su declaración.

...Mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no quería,
adorando, vida mía.
la esclavitud de tu amor.

... y provoca la ansida respuesta...

Callad por Dios, oh don Juan,
que no podré resistir
mucho tiempo sin morir
tan nunca sentido afán.

¡Ah!, callad por compasión,
que, oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece
y se arde mi corazón.

...¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!
sino caer en vuestros brazos
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?

No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya;
yo voy a tí, como va
sorbido al mar ese río.

Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.

¡Don Juan, don Juan! Yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
arráncame el corazón,
o ámame porque te adoro."

(Zorrilla: *Don Juan Tenorio*. Parte 1.ª.)
(IV-3.)

Es el amor pasión que lo arrastra todo. Como el que describe Larra.

"Hay un amor tirano; hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazón en donde cae, que rompe y aniquila la existencia y que es tan fácil de encerrar, en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos de sol que nos alumbran."

(Larra: *El doncel*, cap. XV.)

Para él no son barreras la boda con otro.

"Rompe, aniquila,
esos que contrajiste horribles lazos,
dos amantes son sólo los esposos,
su lazo es el amor. ¿Cuál hay más santo?

Su templo el universo; donde quiera
el Dios los huye que los ha juntado.
Si en las ciudades no, si entre los hombres,
ni fe, ni abrigo, ni esperanza hallamos,
las fieras en los bosques una cueva
cederán al amor. Ellas, acaso,
¿no aman también? Huyamos ¿qué otro asilo
pretendes más seguro que mis brazos?
Los tuyos bastaránme, y si en la tierra
asilo no encontramos, juntos ambos
moriremos de amor."

(Larra, *El doncel.)*

... ni la religión...

"No, Leonor: tus votos indiscretos
no complacen a Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes? Huyamos; nadie puede
separarme de ti... ¿Tiemblas? ¿Vacilas?
... ¿Y tiemblas, sí, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste a Dios? Pues ¡qué!, ¿no fueras
antes conmigo que con Dios perjura?"

(García Gutiérrez: *El Trovador,* Jor. III, esc. V.)

... y ella le seguirá en su sacrílega idea.

"¿Esposa yo de Dios? No puedo serlo;
jamás, nunca lo fui... Tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar sólo un instante.
Y con eternos vínculos el crimen
a su suerte me unió..., nudo funesto,
nudo de maldición que allí en su trono
enojado maldice un Dios tonante."

(*Id.,* Jor. IV, esc. V.)

Esa pasión no sólo desafía a Dios sino al diablo.

"—¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh, no!... Háblame: yo quiero saber si me amas, yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer.
—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

—Si lo fueses..., te amaría..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida si hay algo más allá de ella..."

(Bécquer: *Los ojos verdes.)*

... y no hay pudor que impida gritarlo...

... si por suerte toca
a la tuya mi mano, por mis venas
siento un fuego correr que me devora,
vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
y abrasado y pendiente de tu boca,
anhelo oírte hablar; habla, bien mío;
Dime qué te conduce aquí a deshora
un amor semejante; y di que me amas
¡y esto hará mi desdicha venturosa!

ELVIRA: Sí, lloro, y por ti lloro; y si es preciso
para que huyas decirte que te adora
esta infeliz mujer; que no hay reposo
para ella, si su intento se malogra;
que morirá, si mueres, ya mi labio
se atreve a confesión tan vergonzosa.
Sí; yo te amo; te adoro, ni me empacha
el rubor de decirlo. ¿A cuán costa
del bárbaro imploré que me dejase
un consuelo siquiera en ser virtuosa?
Y él lo negó, y él mismo al precipicio,
donde contigo acabaré, me arroja.
Sí, yo también sé amar. Mujer ninguna
amó cual te amo yo. Vuelve, recobra
un corazón que es tuyo, y que más tiempo
el secreto no guardo que le agobia.

(Larra: *El Doncel...*)

¿Cómo puede terminar amor tan fiero? ¿Por la muerte?

"No le mató la vengativa mora,
donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
mi desgraciado amor que fue su vida...
mi desgraciado amor es quien le mata.

Delirante le dije: "Te aborrezco";
él creyó la sacrílega palabra
y expiró de dolor.
¡Por todo el cielo!
El cielo que en la vida nos aparta,
nos unirá en la tumba.
... Mansilla
un lugar a su lado me señala.
... Mi bien, perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fui, tuya soy; en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza."

(Hartzenbusch: Id., escena última.)

Y Larra se indignará ante el posible escéptico.

"Y si oyese el cargo vulgar de que el amor no mata a nadie, responda que las pasiones y las penas han llenado más cementerios que los médicos y necios, y aún será mejor que a ese cargo no responda porque el que no lleve en su corazón la respuesta no comprende ninguna."

Otras veces es la enfermedad cortando una posibilidad de amar.

Mi carta que es feliz, pues va a buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía;
aquel fantasma soy que, por gustaros,
juró estar viva a vuestro lado un día.

Cuando lleve esta carta a vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.

Para no dar fin a la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable...
¡Mi agonía es la bárbara agonía,
del que quiere evitar lo inevitable!

Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

¡Me rebelo a morir, pero es preciso...
el triste vive y el dichoso muere!
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso!
¡Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!

¡Os amo, sí! ¡Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida,
que las cosas más íntimas, ahora
se escapan de mis labios con mi vida.

¡Hasta furiosa, a mí, que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
juradme que esos ojos que me han visto,
nunca el rostro verán de otra ninguna!

Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto!...

Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida a la estación postrera.

¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca o muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.

Pues yo desde ella os estaré mirando,
y, como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré, rezando,
que Dios de par en par el cielo os abra.

¡Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
Si es verdad que me amásteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...

¡Oh, Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas,
mas sufrí por más tiempo todavía!

¡Adiós, adiós! Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero.
Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba y que me muero.

(Campoamor.)

... Quizá esta era la cita que esperaba.

Allí donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad...
todo cuanto los dos lo hemos callado
lo tenemos que hablar...

(Bécquer: *Rimas.*)

Porque el Amor salva incluso la Muerte.

Misterio es que en comprensión
no cabe de criatura,
y, sólo en vida más pura,
los justos comprenderán,
que el amor salvó a don Juan
al pie de la sepultura.

(Zorrilla: *Don Juan Tenorio.* Escena última.)

En el pasado, la muerte y la ausencia se funden. Lo que llora Espronceda es la ilusión ida.

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura,
el sol de mi esperanza desplegando,
pasaban ¡ay! alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡ilusiones que llora el alma mía!
¡oh, cuán suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruido!

...ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
de amor volaba; el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana;
dentro de ella el amor cual rica fuente,
que entre frescura y arboleda mana,
brotaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
exaltaba mi ánimo, y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso guía;
la libertad con su inmortal aliento,
santa diosa mi espíritu encendía,
continuo imaginando mi fe pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

...una mujer! Deslízase en el cielo
allá en la noche desprendida estrella,
si aroma el aire recogió en el suelo,
es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
cruza la esfera, y que su planta huella.
y en la tarde la mar olas le ofrece
de plata y de zafir donde se mece.

Mujer que nada en su ilusión figura,
mujer que nada dice a los sentidos,
ensueño de suavísima ternura,
eco que regaló nuestros oídos;
de amor la llama generosa y pura
los goces dulces del placer cumplidos
que engañaba la rica fantasía,
goces que avaro el corazón ansía.

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquella
tanto delirio a realizar alcanza,
y esa mujer tan cándida y tan bella,
es mentida ilusión de la esperanza:
es el alma que, vívida, destella
su luz al mundo cuando en él se lanza,
y el mundo con su magia y galanura,
es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,
el que creó las sílfides y ondinas,
la sacra ninfa que bordando mora
debajo de las aguas cristalinas:
es el amor que recordando llora
las arboledas del Edén divinas,
amor de allí arrancado, allí nacido
que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡Celestial anhelo!
¡sentimientos purísimos! memoria
acaso triste de un perdido cielo.
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria
tan pura, tan feliz, tan placentera,
brindó el amor a mi ilusión primera...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! lágrimas mías
¡ah! ¿dónde estáis que no corréis a mares?
¿Por qué, por qué, como en mejores días
no consoláis vosotros mis pesares?

¡Oh, los que no sabéis las agonías
de un corazón, que penas a millares
¡ay! desgarraron, y que ya no llora,
piedad tened de mi tormento ahora!

(Espronceda: *Canto a Teresa.*)

Puede terminar el amor cuando se alcanza la auténtica locura.

REINA: ¿Sabes, Felipe, que están agotadas mis fuerzas, y me moriré de dolor si hoy creyese y tuviera que volver a dudar mañana? ¿Sabes que mi amor ha sido más poderoso que el tiempo y tus desdenes? Te amé cuando te vi; más cuando me llamé esposa tuya; más cuando fui madre de tus hijos. Existe el que me dio el ser, existen las prendas de mis entrañas, hay un Dios en el cielo que a todos nos redimió con su sangre. Pues bien, óyelo y duélete de esta infeliz; en mí tienen celos de la esposa, la hija, la madre, la cristiana. Sí, lo conozca, es un crimen: ofendo a la Naturaleza y a Dios por eso el cielo me castiga; pero ¡ay de mí!, que no lo puedo remediar.

(I-VII)

REINA: ¡Que tenga valor! Cuando a ellos se les esté muriendo la esposa o el hijo, iré yo también a decirles que tengan valor. (*Medita en silencio.*) No hay remedio. Se muere. Dios se le lleva: me le quita porque le quiero demasiado. Me enmendaré. ¡Le querré menos si vive! ¡Ay Dios de mi alma, que si le pierdo voy a quererle más! (*Otra breve pausa.*) ¡Y no hago nada! ¿Y qué puedo hacer? Siento que no esté Aldara aquí. Dice que se arrepiente de haberla amado. ¿Quién sabe? Quizá viéndola se reanime. ¿Qué no puede el amor? Si muerta yo me llamase él, creo que le respondería. ¡Que venga esa mujer, que venga al instante! (*Da precipitadamente algunos pasos hacia el foro.*) ¡Jesús! (*Deteniéndose.*) ¡Qué infame, qué horrible pensamiento! Loca estoy. Ahora sí que no es posible dudarlo. Espantosa locura que me deja conocer quién soy, qué me sucede, ¡cómo y cuánto padezco! Reina Isabel, madre y señora mía; si como afirman tus pueblos estás en la gloria de Dios, intercede con El por esa hija infeliz que dejaste en la tierra; ¡pídele que muramos juntos Felipe y yo!

(III-IV)

MARLIANO: El Rey ha muerto... Venid, por compasión.
REINA: ¿Adónde? El está aquí; yo con él.
ALMIRANTE: Ya es tan sólo un cadáver.
REINA: Pues con su cadáver. Su cadáver es mío. ¡Quitad! ¡Apartáos! ¡Mío, nada más! ¡Le regaré con las lágrimas de mis ojos; le acariciaré con los besos de mi boca! ¡Siempre a mi lado! ¡El, muerto! ¡Yo, viva! ¿Y qué? ¡Siempre unidos! Sí, muerte implacable, burlaré tu intento. Poco es tu poder para arrancarle de mis brazos. (*Cambiando repentinamente de expresión y de tono.*) ¡Silencio, señores, silencio!... El Rey se ha dormido. ¡Silencio!... No le despertéis. Duerme, amor mío; duerme... duerme... (*Quédase contemplando al Rey con ternura inefable.*)

(Tamayo y Baus: *La locura de amor.*
III, escena última.)

...¿Por el engaño? Como en Don Alvaro...

... Destrozado
tengo yo el corazón... ¿Dónde está, dónde,
vuestro amor, vuestro firme juramento?
Mal con vuestra palabra corresponde
tanta irresolución en tal momento
tan súbita mudanza...
No os conozco, Leonor. ¿Llevóse el viento
de mi delirio toda la esperanza?
Sí, he cegado en el punto
en que alboraba el más risueño día.
Me sacarán difunto
de aquí, cuando inmortal salir creía.

Hechicera engañosa.
La perspectiva hermosa
que falaz me ofreciste, ¿así deshaces?
¡Pérfida! ¿Te complaces
en levantarme al trono del Eterno
para después hundirme en el infierno?"

(Rivas: *Don Alvaro.*)

...o como Isabel.

Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
que infiel estaba gozando
caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
los acentos desabridos,

Y logré de mis oídos
Que no me sonaran mal.
Pero, ¡ay! Cuando la razón
Iba a proclamarse ufana,
Vencedora soberana
De la rebelde pasión;
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.
Yo entonces a la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertía,
Y hundirme en el ataúd
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme a yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

(Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel.* II, v. págs. 67-68.)

La misma desesperación en Macías.

¿Ibate, pues, tanto en la muerte mía,
fementida hermosa, más que hermosa ingrata?
¿Así al más rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía?
¿Qué se hizo tu amor? ¿Fue todo falsía?
¡Cielo! ¿Y tú consientes una falsedad,
que semeja tanto la propia verdad?
¡Oh! ¡Lloren mis ojos! ¡Lloren noche y día!
¡Ah!, la aleve copa, que el amor colmó,
heces también cría para nuestro daño;
¡y las heces suyas son el desengaño!
¡Ay del que la apura, cual la apuro yo!
¡Ay de quien al mundo para amar nació!
¡Ay de aquel que muere por mujer ingrata!
¡Ay de aquel que amor tirano maltrata,
y que, aun desdeñado, jamás olvidó!..
¿Por qué al nacer, cielo, en pecho amador,
tirano, me diste corazón de fuego?
¿Por qué das la sed, si emponzoñas luego
El más envidiado supremo licor?

Duélate, señora, mi acerbo dolor;
ven, torna a mis brazos, ven, hermosa Elvira:
Aunque haya de ser, como antes, mentira,
vuélveme, tirana, vuélveme tu amor.

(M. J. de Larra: *Macías.*)

Bécquer dirá su angustia en menos palabras.

"Me ha herido recatándose en la sombra,
sellando con un beso su traición
Los brazos me echó al cuello y por la espalda
partióme a sangre fría el corazón."

(Rima I)

EL AMOR Y EL REALISMO

Veamos, v e a m o s... ¿Qué es eso del amor exactamente? ¿Por qué esos raros síntomas? El escritor va con una lupa por todas las provincias españolas, por todos los ámbitos sociales.

Porque el amor empieza a requerir diagnóstico médico.

Una disección de lo que es amor... mezclada todavía con sus gritos. Fabián Conde está a caballo de dos épocas.

"—Pues bien, escucha: Gabriela te ama...

Yo me sentí como deslumbrado, o más bien, como resucitado. Una alegría del cielo estremeció lo profundo de mi corazón y mi pobre alma resplandeció agradecida, al modo del universo cuando sale el sol después de la tormenta.

—Si la conocieras como yo entenderías perfectamente que pueda estar enamorada de ti sin darse cuenta de ello; Gabriela es la sencillez y la espontaneidad personificadas. Ignora completamente nuestras relaciones, cuya mera posibilidad no puede alcanzársele y lleva mucho de oírme celebrarte a todas horas y de ver la adoración que te prefeso. Es joven como tú y pasa a tu lado la mayor parte del día... La naturaleza tiene sus leyes y Gabriela dejaría de ser mujer si, por resultas de todo esto, su corazón y su espíritu no estuvieran viviendo de tu vida, sometidos a tu influencia y alimentándose de tu ser, complemento del suyo y necesidad de su organismo... Hasta aquí, la razón de que te ame. En cuanto a la razón porque lo ignora, es algo más sutil; pero no por eso la consideres vana paradoja... Gabriela no conoce el amor sino de nombre; no había amado todavía; no habla con nadie que pueda explicarle lo que experimenta ahora, y carece, por tanto, de términos de comparación para apreciar el estado de su alma. Como es tan *natural* lo que le sucede; como nada se opone a su satisfacción de verte y de oírte; como no recela perderla; como no le cuesta trabajo lograrla; como no contrasta nunca con la prohibición ni con la privación, no ha llegado todavía a graduar su intensidad ni a agradecer su goce. Pero si de pronto dejara de verte; si descubriese que tu corazón era de otra mujer; si, por ejemplo, averiguase nuestras relaciones..., adquiriría conciencia de su amor, y a la muda complacencia de que hoy disfruta sucedería una pasión activa y devoradora. Observa, si no, el despecho que ya experimenta por instinto cuando la tratas como a una niña o con el atolondrado júbilo de quien no le profesa un sen-

timiento inefable y místico, en consonancia con el suyo... Y observa, por otra parte, la ufanía y alboreo de que da muestras cuando te ve triste, inquieto y como necesitado de su concurso para ser feliz... ¿Por qué me miras tan espantado? ¿Te asombra oírme hablar este lenguaje, analizar tan íntimamente el amor, reducirlo a fórmulas casi científicas? ¡Ah, Fabián mío!... El amor es mi única ciencia... y, además, ¡hoy vienen en mi ayuda la funesta lucidez y dolorosa perspicacia de los celos!"

... Adoraba, sí, a Gabriela. La adoraba sin duda alguna antes de saber que ella me amaba, y la revelación de Matilde no había hecho más que prestar las alas del aire a un incendio encerrado en mi corazón. Como le dije a usted hace poco, yo no me había atrevido hasta entonces en ver en Gabriela una criatura mortal, una mujer colocada al alcance de mis esperanzas ni de mis deseos; pero, al saber que aquella seráfica virgen palpitaba por mí, todo mi ser se abrasó en amor de su alma, en adoración de su hermosura, en sed de las limpias aguas de su pureza, sentíame lleno de orgullo, penetrado de agradecimiento, devorado de curiosidad, ansioso, en fin, de oír a aquellos labios de santa, pero también de diosa, decirme entre las lumbraradas del rubor: Fabián, tuya soy; yo te amo.

¡Sublimes emociones de mi primero, de mi único amor!..., ¿adónde sois idas? ¡Ay! Por lo tocante a ellas, ¡cuán cierto era que me amaba! No sé cómo la miré la primera vez que compareció en mi presencia después que Matilde me arrancó la venda de los ojos; no sé qué le dijo aquella mirada mía..., pero ello fue que la arrogante doncella se detuvo asombrada; una modestia divina enrojeció su semblante; tembló ligeramente, y sus párpados se inclinaron hacia la tierra. Parecióme contemplar a la Virgen del Beato Angélico en el momento en que responde al mensajero de Dios: *Ecce ancilla Domini*...

(Alarcón: *El Escándalo*. Caps. V y VI.)

Como un nuevo Santillana que pidiera a su zagala más recato que garbo, aparece el poeta extremeño Gabriel y Galán.

Mi montaraza

No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino,
moza como Ana María,
ni más alegre alquería
que Carrascal del Camino.

... No nace en tierra cristiana
flor silvestre más lozana,
ni hormiga más vividora,
ni moza más castellana,
ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene unos ojos castaños
con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar,
y honesta para decir,

robusta como una encina,
casera cual golondrina
que en casa canta la paz,
algo arisca y montesina
como paloma torcaz;

agria como una manzana,
roja como una cereza,
fresca como una fontana,
vierte efluvios de alma sana
y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores
implore yo del destino,
si estoy enfermo de amores
por la reina de las flores
de Carrascal del Camino?

Amor con la dulzura del paisaje gallego al fondo.

—... si alguna vez me encontrase en una situación apurada... ¿Qué sé yo cual? Si pretendiesen hacerme daño o arrebatarme algo mío...

—Por ejemplo, mi cariño.

—Sí, tu cariño, que es lo que más estimo en el mundo..., lo defendería con todas mis fuerzas. No sé cómo; pero con la energía de un hombre.

—¡Eres fuerte!

—No lo sé... Te quiero... Gerardo, ¡vidiña! —suplicó enamorada—. ¡Dime, júrame que nunca, nunca me olvidarás!

—¡Alma mía! Para olvidarte tendría que morirme.

—Pues yo, ni muerta perderé tu memoria. ¡Te querré siempre, siempre! ¡Aunque me olvides!

—¿Cómo podría ser eso? ¿Qué fuerza, qué poder sobrehumano será bastante a arrancarte de mi corazón? ¿Ni por qué hemos de pensar en tal absurdo? Todo nos favorece, todas las circunstancias se han aliado para reunirnos, para empujarnos el uno hacia el otro. Muchas veces pienso que nuestro amor es algo superior a nosotros mismos, que un día se han juntado nuestras madres en el cielo y se han puesto de acuerdo para hacernos felices. No desde Madrid, desde el último confín de la Patagonia me hubieses atraído a Santiago. Nuestros nombres están escritos juntos en el libro venturoso del Destino. Yo, para ti. Para mí, la gloria de tu amor.

—¡Sí, corazoncico, sí! Ocurra lo que ocurra; sea como sea. ¡Aunque te fueses! ¡Aunque me mataran!... ¡Aunque no me quieras, yo te querré siempre! ¡Siempre! Mi sino es quererte.

—¡Y el mío, también amarte! ¡Soy tuyo, de mi galleguita para siempre! ¡Irrevocablemente tuyo; gozosamente, felizmente tuyo!

En la paz de la noche sonaba lejos, garimoso, el alalá. Parpadeaban las luciérnagas en los prados. Una leve brisa, la suave brisa mariñana; Galicia los acariciaba como un beso santo venido de ignoradas y misteriosas lejanías. De allá arriba, donde las almas de las madres —¡santas, santiñas!— se asoman a las ventanitas del cielo para ver a sus hijos felices y les sonríen desde las estrellas...

(Pérez Lugín, A: *La Casa de la Troya*. Pág. 244.)

... y los celos del noviazgo andaluz.

... Todos los días me condecoraba, esto es, me ponía en el ojal la flor que llevaba en el pecho. Al día siguiente era menester llevársela marchita; la deshojaba cuidadosamente y me ponía la nueva. La idea de que pudiera regalar aquella flor a otra mujer la estremecía. Empezaba a notar con deleite que sentía celos, celos inconscientes y vagos que ansiaban formularse sin llegar a conseguirlo. Hacíame mil preguntas acerca de la tertulia de Anguita, me obligaba a describirle minuciosamente todas las jóvenes que allí asistían, y luego, repentinamente, mirándome con fijeza a los ojos, me preguntaba:

—Vamos a ver, ¿y cuál es de todas la que más te gusta?

—Ninguna. Todas me gustan por igual.

—¿Por qué sueltas esas simplezas?... ¿Crees que me voy a enojar porque te guste una más que otra? Al contrario, hijo.

—Yo no tengo ojos más que para mirarte a ti. Y desde que tú me gustas he perdido el gusto de todas las demás.

Ella insistía con calor, llamándome embustero, gitano, co-

mediante. Al fin, una noche, más por complacerla que por otra cosa, le dije:

—Pues si te he de ser sincero, la que allí me parece mejor es tu prima Isabel.

¡Dios eterno! ¿Qué hice? A pesar de la poca claridad que había la vi ponerse pálida.

—¡Ya me lo sospechaba! —exclamó con voz ronca y extraña que me asustó—. ¿No había de gustarte una chica tan hermosa? Tú también le habrás gustado a ella, como si lo viera... ¡Lucido papel me habéis hecho representar! Pero eso es una infamia, sí, una infamia... Desde el momento en que has comenzado en recaditos con ella debí comprender que lo que ella quería era un novio más; mejor dicho, un esclavo más de los que lleva sujetos con un cordelito...

—Pero, Gloria, ¿qué estás diciendo ahí?

—No me trate usted de tú —exclamó mirándome con ojos chispeantes de furor—. Yo no tengo nada que ver con usted. Márchese usted y déjeme el alma quieta.

Asombrado, dolorido, sin saber lo que me pasaba, traté de hacerla entrar en razón. Todo era inútil. No me escuchaba. Excitada por sus mismas palabras, que se atropellaban unas a otras, colérica, descompuesta, me cubría de denuestos, repitiendo a cada instante:

—¡Márchese usted! ¡No quiero verle a usted delante!

No hubo más remedio que aguardar a que se desahogase. Cuando lo hubo hecho, cayó en un singular abatimiento. Tapóse la cara con las manos y comenzó a sollozar fuertemente. Aproveché aquellos momentos para decirle lo que hacía al caso, demostrándole con razones irrefutables su engaño y el agravio que me hacía. Parece que mis palabras y mi actitud firme y serena hicieron sobre ella impresión, porque no tardó en parlamentar.

Sin embargo, me asaetó a preguntas, procurando cogerme en contradicciones, observando mi rostro fijamente con ojos inquisitoriales. Después me hizo jurar más de cien veces, por todos los seres queridos que se me habían muerto, por todos los santos del cielo, que sólo ella me gustaba de veras y sólo a ella quería. Uno de los juramentos, el último y más solemne de todos, me obligó a hacerlo de rodillas sobre las piedras de la calle.

—Si me engañas —concluyó diciéndome con la frente fruncida y mirándome severamente—, cuenta que te clavo un puñal en el corazón.

—Ahí va el puñal —dije sacando el que me habían regalado en el Fomento de las Artes, y que llevaba por precaución en mis excursiones nocturnas—. Te clavarás a ti misma clavando mi corazón —añadí sonriendo.

—Ah, gitano macareno —exclamó mirándome al mismo tiempo con sorpresa y cariño—. Venga... lo guardo... Ten por seguro que no escapas vivo si me haces traición.

—Casi me entran ganas de hacértela por el gusto de morir a tus manos.

(Palacio Valdés: *La hermana San Sulpicio*. Cap. X.)

* * *

... Nuestros ojos sonreían, cambiando largas miradas impregnadas de pasión; nuestros labios murmuraban frases de amor; nuestras manos se buscaban en la oscuridad y se oprimían, tan pronto viva como débilmente. Gloria me preguntaba aún muy bajito si la perdonaba. Yo respondía que sí y que la adoraba. Ella replicaba que sólo se adora a Dios y a los santos; que le bastaba con ser querida, pero muy querida, y que la única ambición de su vida era ser mi mujercita; que yo la tomase y la llevase donde bien quisiera, "aunque fuese a Galicia". Viendo sus ojos posarse en los míos anhelantes, escuchando su dulce acento enternecido, cualquiera diría que estaba profundamente enamorada de mí. Yo no lo digo por modestia.

... Otra vez perdimos de vista la negra silueta de Sevilla y nos hallamos en medio del río mecidos entre sus riberas sombrías, sobre la faja de plata que extendía la luna en el agua. Esta faja nos servía de camino. Era un sendero soñado, glorioso, que se perdía entre los negros contornos de las orillas, conduciéndonos en apoteosis a través de la noche desierta. Brillaban sobre la espalda del río mil escamas argentadas, mil ampollitas lucientes que parecían estrellas caídas del alto cielo dormido. Sumergí los dedos en el agua y la hallé tibia. Se lo dije a Gloria y se inclinó para hacer lo mismo. Después nuestras manos mojadas cambiaron un dulce y corto apretón que nadie vio. Volvimos a sentirnos acariciados por la onda silenciosa de la noche. Las palabras que nos murmurábamos volvieron a tener un sentido íntimo, un sabor secreto que nos inundaba de alegría. Los acentos de Gloria, al salir de sus labios húmedos, no quedaban en el oído, sino que corrían por mis venas con dulzura infinita, y sus negros ojos brillantes me interrogaban sobre aquel misterioso y divino sabor que ella notaba también sin saber de dónde venía.

... Por qué en aquel momento en que mi amor por Gloria se convertía en delirio y embriaguez, en que todo me sonreía y tocaba al logro de mis deseos, sentí el alma inundada de tristeza y apetecí la muerte, no puedo explicármelo; pero así fue.

Quizá tengan razón los que creen que el amor y la muerte son dos cosas que se identifican y confunden allá en el centro misterioso de la vida universal.

(Cap. XII.)

El ciego habla de amor a "Marianela".

—... Hemos de vivir juntos toda la vida. ¡Oh Dios mío! Si no he de adquirir la facultad que me privaste al nacer, ¿para qué me has dado esperanzas? Infeliz de mí si no nazco de nuevo en manos del doctor Golfín. Porque esto será nacer otra vez. ¡Y qué nacimiento! ¡Qué nueva vida! Chiquilla mía, juro por la idea de Dios que tengo dentro de mí, clara, patente, inmutable, que tú y yo no nos separaremos jamás por mi voluntad. Yo tendré ojos, Nela, tendré ojos para poder recrearme en tu celestial hermosura y entonces me casaré contigo. Serás mi esposa querida... serás la vida de mi vida, el recreo y el orgullo de mi alma. ¿No dices nada a esto?

La Nela oprimió contra sí la hermosa cabeza del joven. Quiso hablar, pero su emoción no se lo permitía.

—Y si Dios no quiere otorgarme ese don —añadió el ciego—, tampoco te separarás de mí, también serás mi mujer, a no ser que te repugne enlazarte con un ciego. No, no, chiquilla mía, no quiero imponerte un yugo tan penoso. Encontrarás hombres de mérito que te amarán y que podrán hacerte feliz. Tu extraordinaria bondad, tus nobles prendas, tu belleza, han de cautivar los corazones y encender el más puro amor en cuantos te traten, asegurando un porvenir risueño. Yo te juro que te querré mientras viva, ciego o con vista, y que estoy dispuesto a jurarte delante de Dios un amor grande, insaciable, eterno. ¿No me dices nada?

—Sí; que te quiero mucho, muchísimo —dijo la Nela, acercando su rostro al de su amigo—. Pero no te afanes por verme. Quizá no sea yo tan guapa como tú crees.

—... es que lloras. Pues has de saber que me lo decía mi corazón. Tú eres la misma bondad; tu alma y la mía están unidas por un lazo misterioso y divino; no se pueden separar, ¿verdad?, son dos partes de una misma cosa, ¿verdad?

—Verdad.

—Tus lágrimas me responden más claramente que cuanto pudieras decir. ¿No es verdad que me querrás mucho, lo mismo si me dan vista que si continúo privado de ella?

—Lo mismo, sí, lo mismo —afirmó la Nela, vehemente y turbada.

—¿Y me acompañarás?

—Siempre, siempre.

—Oye tú —dijo el ciego con amoroso arranque— si me dan a escoger entre no ver y perderte, prefiero...

—Prefieres no ver... ¡Oh, Madre de Dios divina, qué alegría tengo dentro de mí!

—Prefiero no ver con los ojos tu hermosura porque la veo dentro de mí, clara como la verdad que proclamo interiormente. Aquí dentro estás y tu persona me seduce y enamora más que todas las cosas.

—Si, si —exclamó la Nela con desvarío—, yo soy hermosa, soy muy hermosa.

—Oye tú, tengo un presentimiento... sí, un presentimiento. Dentro de mí parece que está Dios hablándome y diciéndome que tendré ojos, que te veré, que seremos felices... ¿No sientes tú lo mismo?

—Yo... el corazón me dice que me verás... pero me lo dice partiéndoseme.

(Pérez Galdós: *Marianela,* Cap. VIII.)

En la pequeña ciudad provinciana se estudia el amor cuando es ingenuo...

...Volvieron a valsar y tornaron a hacer alto sin que a Gerardo, presa de una gran irritación, contra su timidez y su torpeza, se le ocurriese nada. Fue después, en la última vuelta, cuando escapáronsele, atropelladas, sin preámbulos ni circunloquios, con toda la elocuencia de su expresiva sencillez, las palabras que él quería rodear de imágenes, metonimias, sinécdoques y metáforas, creyéndolas, ¡inocente!, de más fuerza.

—Carmen, Carmen; ¡la amo a usted con toda mi alma!

Ella no contestó; pero el carmín de su cara adquirió tonos más vivos, se agitó su pecho, y las largas, las sedosas pestañas que defendían los ojos maravillosos, temblaron.

Vencida ya la timidez, las palabras salieron a borbotones de boca de Gerardo, desordenadas y cálidas. ¡Al diablo el discurso tan trabajosamente preparado! Esto otro era mejor. Una por una refirió el rapaz las etapas de su pasión; la impresión que recibiera aquella memorable tarde en casa de don Ventura; el efecto de las canciones; el dolor de las repulsas; los días de encierro; su desesperación; la alegría, la esperanza y el temor de esta hora feliz; todo. El mismo, que nunca se detuviera a analizar sus sentimientos, sorprendíase ahora al descubrir su extensión.

Había concluido el vals, era el descanso, y Gerardo después de dar, paseando lentamente por el salón, la vuelta de rúbrica

con su pareja, sentóse al lado de Carmen sin enterarse de las miradas de curiosidad de que era objeto. Para él no existía entonces nada fuera de aquella mujer que le oía silenciosa y le miraba atenta y escrutadora, queriendo descubrir en sus ojos la verdad de aquellas palabras tan bonitas y apasionadas.

(Pérez Lugín: *La casa de la Troya,* pág. 168.)

...y cuando es turbio.

Ana se sentía caer en un pozo, según ahondaba, ahondaba en los ojos de aquel hombre que tenía allí debajo; le parecía que toda la sangre se le subía a la cabeza, que las ideas se mezclaban y confundían, que las nociones morales se deslucían, que los resortes de la voluntad se aflojaban; y viendo como veía un peligro, y desde luego una imprudencia en hablar así con don Alvaro, en mirarle con deleite que no se ocultaba, en alabarle y abrirle el arca secreta de los deseos y los gustos, no se arrepentía de nada de esto, y se dejaba resbalar, gozándose en caer, como si aquel placer fuese una venganza de antiguas injusticias sociales, de bromas pesadas de la suerte... Ana sentía deshacerse el hielo, humedecerse la aridez... era cosa nueva, era un relajamiento, algo que al dilacerar la voluntad, al vencerla, causaba en las entrañas placer, como un soplo fresco que recorriese las venas y la medula de los huesos. "Si ese hombre no viniese a caballo y pudiera subir y se arrojara a mis pies, en este instante me vencía, me vencía." Pensaba esto y casi lo decía con los ojos. Se le secaba la boca y pasaba la lengua por los labios. Y como si al caballo le hiciese cosquillas aquel gesto de la señora del balcón, saltaba y azotaba las piedras con el hierro; mientras las miradas del jinete eran cohetes que se encaramaban a la barandilla en que descansaba el pecho fuerte y bien torneado de la Regenta.

Callaron, despues de haber dicho tantas cosas. No se había hablado palabra de amor, es claro; ni don Alvaro se había permitido galantería alguna directa y sobrado significativa, mas no por eso dejaban de estar los dos convencidos de que por señas invisibles, por efluvios, por adivinación o como fuera, uno a otro se lo estaban diciendo todo; ella conocía que a don Alvaro le estaba quemando vivo la pasión allá abajo; que al sentirse admirado, tal vez amado en aquel momento, el agradecimiento tierno y dulce del amante y el amor irritado con el agradecimiento y con el señuelo de la ocasión le derretían; y Mesía comprendía y sentía lo que estaba pasando por Ana, aquel abandono, aquella flojedad de ánimo...

(Leopoldo Alas: *La Regenta,* t. 11, pág. 19.)

El estudio sistemático de unos síntomas contado por el aquejado de la enfermedad amorosa. El galán de "Pepita Jiménez"

Al entrar Pepita y yo nos damos la mano, y al dárnosla me hechiza. Todo mi ser se muda. Penetra hasta mi corazón un fuego devorante y ya no pienso más que en ella. Tal vez soy yo mismo quien provoca las miradas si tardan en llegar. La miro con insano ahínco, por un estímulo irresistible, y a cada instante creo descubrir en ella nuevas perfecciones. Ya los hoyuelos de sus mejillas cuando sonríe, ya la blancura sonrosada de la tez, ya la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de los contornos y admirable modelado de la garganta.

Entro en su casa, a pesar mío, como evocado por un conjuro; y no bien entro en su casa, caigo bajo el poder de su encanto; veo claramente que estoy dominado por una maga cuya fascinación es ineluctable.

No es ella grata a mis ojos solamente, sino que sus palabras resuenan en mis oídos como la música de las esferas, revelándome toda la armonía del Universo y hasta imagino percibir una sutilísima fragancia que su limpio cuerpo despide, y que supera al olor de los mastranzos que crecen a orillas de los arroyos y al aroma silvestre del tomillo que en los montes se cría.

... Cada vez que se encuentran nuestras miradas se lanzan en ella nuestras almas, y en los rayos que se cruzan se me figura que se unen y compenetran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarían a saberse, y se citan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no haya voz que no exprese ni acordada cítara que module.

... Cuando me sustraigo a la fascinación, cuando estoy solo por la noche en mi aposento, quiero mirar con frialdad el estado en que me hallo, y veo abierto a mis pies el precipicio en que voy a sumirse, y siento que me resbalo y que me hundo.

Me recomienda usted que piense en la muerte; no en la de esta mujer, sino en la mía. Me recomienda usted que piense en lo inestable, en lo inseguro de nuestra existencia y en lo que hay de más allá. Pero esta consideración y esta meditación ni me atemorizan ni me arredran. ¿Cómo he de temer la muerte si deseo morir? El amor y la muerte son hermanos. Un sentimiento de abnegación se alza de las profundidades de mi ser, y me llama así, y me dice que todo mi ser debe darse y perderse por el objeto amado. Ansío confundirme en una de sus mira-

das; diluír y evaporar toda mi esencia en el rayo de luz que sale de sus ojos, quedarme muerto mirándola, aunque me condene.

(Juan Valera: *Pepita Jiménez.*)

... la muchacha insignificante —cursi— fácil presa del don Juan, empleado.

Víctor... paso a saludar a Milagros y a Abelarda... La cuñadita se metió en su cuarto al sentirle; luego salió, y su color, siempre malo, era como el color de una muerta. Le temblaba la voz; quiso afectar el mismo desdén de su tiíta hacia Víctor; este le apretaba la mano. "¿Ya estás aquí otra vez, perdido?" balbuceó ella, y sin saber qué hacer se volvió a meter en el aposento.

* * *

... Soy un condenado, un réprobo... No puedo pedirte que me salves porque la fatalidad lo impediría. Por tanto, si ves que me llego a ti y te digo que te quiero, no me creas... es mentira, es un lazo infame que te tiendo; despréciame, arrójame de tu lado, no merezco tu cariño ni tu compasión siquiera...

La insignificante, con inmensa pena y desaprobación de sí misma pensó: "Soy tan pava y tan vulgar, que no se me ocurre nada que responder a esas cosas tan remontadas y tan sentidas que me está diciendo." Dio un gran suspiro y le miró con vivos deseos de echarle los brazos al cuello, exclamando: "Te quiero yo a ti más de lo que tú puedas suponer. Pero no hagas caso de mí, no merezco nada ni valgo lo que tú. Quiero gozarme en la amargura de quererte sin esperanza."

Víctor, sosteniéndose la cabeza con ambas manos, espaciaba sus distraídos ojos por el hule de la mesa, ceñudo y suspirón, haciendo el romántico, el no comprendido, algo de ese tipo de Manfredo, adaptado a la personalidad de mancebos de botica y oficiales de la clase de quintos.

Abelarda llegaba ya al límite de sus esfuerzos por disimular el ansia y la turbación. Pero su dignidad podía mucho. No quería entregar el secreto de su alma sino defenderlo hasta morir...

(Pérez Galdós: *Miau.*)

Lo social se asoma a las letras. Juan José, obrero, grita su desesperado cariño a Rosa.

JUAN JOSÉ: Pero ¡qué hablas!... ¿No sabes que si alguien me diera un pedazo de pan, ese pedazo de pan llegaría a tus manos sin que yo lo tocara? (*Con pasión.*) ¿No comprendes lo que tú

significas *pa* mí? ¿Ignoras que desde el punto de conocerte, sólo en ti he *pensao*, y de cuanto he tenido has dispuesto?... *Pa* mí se acabó el mundo al mirarte. Amigos, diversiones, hasta el vaso de vino que tomaba en la taberna al volver de la obra... A trabajar *pa* ella, me dije, y con calor, con frío, cortándome el viento la carne o abrasándome el sol la piel, cantaba yo encima del andamio más contento que nunca, porque aquel frío y aquel calor, y aquel dale que le dás sin descanso, eran mi jornal, el cuarto donde habitas, tu comida diaria, tu paseo de los domingos, el vestido de percal *pa* tu cuerpo, el mantón de lana *pa* tus hombros, ¡tú entera que vivías por mí!... ¡Calcúlate lo que iba a importarme padecer de día si me esperabas tú por la noche!... Ahí tienes lo que he hecho; lo que haría hoy mismo si pudiese, lo que deseo hacer... ¡Si hasta pediría *pa* ti una limosna, *pa* ti, *pa* mí no! ¡Si no creyera que ibas a avergonzarte de que esta *juventú* y estos brazos servían solo *pa* echarme *pa alante* y pedir por Dios! ¡Y aún dices que no me interesas, que te abandono y te descuido!... ¡No lo digas, Rosa, no lo digas!... ¡Por ti lo intento yo todo, todo!...

(Dicenta: *Juan José*. Acto II-7.)

EL AMOR EN ESTE SIGLO

Confusión de estilos. Amor intelectual —Pérez de Ayala—; oloroso de sentidos —Valle-Inclán, Miró—; popular —Machado— y tan sencillo que apenas es nada... siéndolo todo: Juan Ramón.

Un sensualismo de olor y tacto en las escenas amorosas de Gabriel Miró.

Solos Félix y su bella madrina, quedaron silenciosos recogiendo todo el aliento del paisaje, contemplando juntos.

—¡Qué distinto eres de Silvio y de todos!

Félix la miró intensamente y le dijo cerca de sus sienes:

—¡Déjeme... no; déjame que sea egoísta; no hablemos sino de nosotros! ¡Toda mi alegría más que alegría, mi exaltación de sentir, de vivir, recibida por tu llegada, comienza ahora a comunicárseme por toda mi sangre...! ¡Tenerte libremente, y aquí! ¡Qué nuevas hermosuras hay en los árboles, en las montañas, en el azul, y hasta en las hierbas húmedas de ese camino, que se alborozan bajo la gracia de una gota de sol!

Y Félix le tomó las pálidas manos, y besó sus dedos y sus sortijas, y en una llana amatista puso un beso muy lento que empañó la joya.

—¡Eres mi prelada, madrina mía!

Silenciosa y trémula, Beatriz le sonreía con entristecimiento.

Félix sacó de su cartera el trocito de pan, tan olvidado, que mordiera en el tren.

—¿No lo recuerdas? Te lo quité la mañana que nos despedimos. Durante el viaje ha sido mi viático de amor y me lo comulgué del todo para no quedarme sin nada. Ahora, sí, porque te tengo, besa y come también de tu reliquia.

Ella quiso rechazarlo.

—Sí, sí; tú también. Es una rareza; es como ver que te besas a ti misma, y es para mí como una tentación contenida, para luego colmarla, gozarla más; tener tu boca y besar y morder este pan seco que pudo hacerse tu carne.

—Pero, si es una locura, mi vi...

—¡Acaba! ¡Sí; tu vida!

—¿Quién te dijo que es tuya mi boca?

—¡Tu boca y su dulce humedad, y toda tú, madrina!

La ciñó con sus brazos. Ella le vio dos estrellas verdes den-

tro de los ojos. Quiso apartarle y resistirle. Estaba muy blanca y medrosa, y verdaderamente parecía más débil, más pequeñita que el amado.

—¡Por Dios, Félix; estamos encima del camino, y se me figura que hasta las piedras y las matujas nos miran!

—Pues ven al lado del río.

Y bajaron corriendo infantilmente.

En la arboleda sonó un aplauso gozoso de alas.

—¡Hasta hoy, madrina, he vivido incompletamente en estos campos! ¡Y yo que creía ver y sentir sus hermosuras! ¡Los pobres cabreros y los campesinos, y los sabios que están solos en las soledades!

Había un tronco cortado, tendido, hundiendo la felpa viciosa de la hierba, y lo hicieron almohada, pasando cruzados sus brazos para reclinar sus cabezas. Y se acostaron, viendo el cielo entre el follaje blanco y estremecido de un álamo...

Félix murmuró:

—Nuestro amor siempre tiene un trono de blancura, de castidad. El primer estrado fue de luna, ¿te acuerdas? Mira, esta tarde, al amparo de este árbol, grande y sencillo, árbol de portal de molino; y hay también fragancia de inocencia, de simplicidad; y tú eres dorada como el trigo; sencilla y patricia para amar, molinera y princesa.

La besó; y apartóse para mirarla, porque todo el precioso cuerpo de la mujer temblaba. Parecía adelgazada de tan pálida. Y Félix la quiso con ternuras de compasión. La besaba en los ojos, en las sienes, dentro de la boca, diciéndole anhelosamente:

—¿Qué tienes que pareces desventurada?

Y Beatriz, dichosa como nunca, lloró. En el árbol cantaba una avecita.

... Rendido, Félix, descansó su cabeza en el seno de la amada.

Las manos de la señora jugaban alisando los rubios cabellos del hombre; y la caricia descendió a los labios y se detuvo en la garganta; desciñeron el lazo azul de la chalina, y Beatriz se inclinó para contemplarle.

—Tu cuello es de estatua de mármol de un dios cruel, —y lo besó suavemente.

Otro—cargado de recuerdo histórico—en las de Valle-Inclán.

"...La llama del amor ardía en sus ojos con un fuego sombrío que parecía consumirla. ¡Eran los ojos místicos que algunas veces se adivinan bajo las tocas monjiles, en el locutorio de los conventos! Me habló con voz empañada:

--Mi marido viene a servir como ayudante del Rey.
—¿Dónde estaba?
—Con el Infante don Alfonso.
Yo murmuré:
—Es una verdadera contrariedad.
—Es más que una contrariedad, porque tendremos que vivir la misma vida.
La Reina me lo impone, y, ante eso, prefiero volverme a Italia... ¿Tú no dices nada?
—Yo no puedo hacer otra cosa que acatar tu voluntad.
Me miró con reconcentrado sentimiento:
—¿Serías capaz de que me repartiese entre vosotros dos? ¡Dios mío, quisiera ser vieja, vieja caduca!...

Agradecido, besé las manos de mi adorada prenda. Aun cuando nunca tuve celos de los maridos, gustaba aquellos escrúpulos como un encanto más, acaso el mejor que podría ofrecerme María Antonieta. No se llega a viejo sin haber aprendido que las lágrimas, los remordimientos y la sangre, alargan el placer de los amores cuando vierten sobre ellos su esencia afrodita: Numen sagrado que exalta la lujuria, madre de la divina tristeza y madre del Mundo. ¡Cuántas veces, durante aquella noche, tuve yo en mis labios las lágrimas de María Antonieta! Aún recuerdo el dulce lamento con que habló en mi oído, temblorosos los párpados y estremecida la boca que me daba el aliento con sus palabras:
—No debía quererte... Debía ahogarte en mis brazos, así, así...
Yo suspiré.
—¡Tus brazos son un divino dogal!
Y ella, oprimiéndome aún más, gemía:
—¡Oh!... ¡Cuánto te quiero! ¿Por qué te querré tanto? ¿Qué bebedizo me habrás dado? ¡Eres mi locura!... ¡Di algo! ¡Di algo!
—Prefiero el escucharte.
—Pero ¡yo quiero que me diga algo!
—Te diría lo que ya sabes... ¡Que me estoy muriendo por ti!
María Antonieta volvió a besarme, y sonriendo, toda roja, murmuró en voz baja:
—Es muy larga la noche...
—Lo fue mucho más la ausencia.
—¡Cuánto me habrás engañado!
—Ya te demostraré lo contrario.
Ella, siempre roja y sonriente, respondió:
—Mira lo que dices.
—Ya lo verás.

—Mira que voy a ser muy exigente.

Confieso que al oírla temblé. ¡Mis noches ya no eran triunfales como aquellas noches tropicales perfumadas por la pasión de la niña Chole!

(*Sonata de Invierno,* 202-3.)

* * *

"Era el amor de Augusta alegría erótica y victoriosa, sin caricias lánguidas, sin decadentismos anémicos, pálidas figuras del bulevar. Ella sentía por aquel poeta galante y gran señor, esa pasión que aroma la segunda juventud con fragancia de generosa y turgente madurez. Como el calor de un vino añejo, así corría por su sangre aquel amor de matrona lozana y ardiente, amor voluptuoso y robusto como los flancos de una Venus, amor pagano, limpio de rebeldías castas, impoluto de los escrúpulos cristianos que entristecen la sensualidad sin domeñarla. Amaba con la pasión olímpica y potente de las diosas desnudas, sin que el cilicio de la moral atarazase su carne blanca, de blanca realeza, que cumplía la divina ley del sexo, soberana y triunfante, como los leones y las panteras en los bosques de Tierra Caliente.

"Bajo las frondas del jardín había sentido Augusta la seducción del Príncipe Attilio, y el capricho de amarle y de rendirle. No hubo esa larga y sutil seducción que prepara la caída. Como una princesa del Renacimiento se le ofreció desnuda. Deseaba entregarse, y se entregó. Después aquellos amores llenaron con su perfume galante y sensual el sombrío palacio de una reina viuda. Fueron como las frescas y fragantes rosas pompadour, que crecían en el fondo de los jardines realengos, bajo las enramadas melancólicas. Augusta parecía hechizada por aquel Príncipe poeta, que cincelaba sus versos con el mismo buril que cincelaba Benvenuto las ricas y floreadas copas de oro, donde el Magnífico Duque de Médicis bebía los vinos clásicos, loados por el viejo Horacio.

"En los *Salmos paganos* queda el recuerdo ardiente de aquella locura. El Príncipe Attilio Bonaparte admiraba la tradición erótica y galante del Renacimiento florentino, y quiso continuarla. Sus estrofas tienen el aroma voluptuoso de los orientales camerinos del Palacio Borgia, de los verdes y floridos laberintos del Jardín de Bóboli. Como un nuevo Aretino supo celebrar la pasión cínica y lujuriante con que Augusta del Fede encantaba sus amores. Los *Salmos paganos* parecen escritos sobre la espalda blanca y tornátil de una princesa apasionada

y artista, envenenadora y cruel. Galante y gran señor, el poeta deshoja las rosas de Alejandría sobre la nieve de divinas desnudeces y ebrio como un dios, y coronado de pámpanos, bebe en la copa blanca de las magnolias el vino alegre y dorado, que luego, en repetidas versos, vierte en la boca roja y húmeda de Venus Turbulenta."

(*Corte de Amor,* pág. 282.)

Vuelve el viejo tema... Juan Ramón lamenta la precaución inútil.

Guardia de amor

Pongo mi voluntad, en su armadura
de dolor, de trabajo y de pureza,
a cada puerta de la fortaleza
porque sueles entrar en mi amargura.

Mensajes de deleite y de ternura
escucho en torno, en la delicadeza
del verde campo en flor... —Ya mi tristeza
va a sucumbir, de nuevo, a tu locura!..

Para no oírte, muevo mis esposas,
y golpeo el escudo con la espada,
de mi pasión, a un tiempo, esclavo y dueño.

Mas el dormir me ata con tus rosas,
y tú te entras, cruel y desvelada,
por la puerta vendida de mi sueño.

(*Sonetos espirituales,* VI.)

... y se abisma en el recuerdo de una mujer.

Retorno fugaz

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
—¡Oh, corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el paisaje de la brisa?
¿Como la huida de la primavera?

Tan leve, tan voluble, tan ligera
cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa
como sonrisa, que se pierde en risa...
¡Vana en el aire, igual que una bandera!

¡Bandera, sonreír. vilano, alada
primavera de junio, brisa pura...
¡Qué loco fue tu carnaval, qué triste!

Todo tu cambiar trocose en nada
—memoria, ciega abeja de amargura!—
¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

(Núm. XV.)

* * *

...mientras Manuel Machado piensa en todas ellas.

Primer amor

Primer amor... Vago lloro,
deseo de soledad,
inestimable tesoro,
sola y única bondad,
sol de oro
de verdad!

¡La noche callada, y Ella!
—que no es ella todavía—
Carmen, Amparo, María...
¿Ensueño?... ¿Mujer?... ¿Estrella?
¡Oh aquella
melancolía!

¡Oh aquel beso en la almohada
y aquel mirar más allá,
con el alma en la mirada!
—éxtasis divino ya —.
Y la amada,
¿dónde está?

Laura, Violante, Jimena,
Beatriz, señoras de amores;
Clara, Julia, Cinta, flores;
y la rubia Magdalena;
y la morena
Dolores.

Nombres de menta, sabrosos
al labio y al corazón;
despertares misteriosos,
entre lujuria y canción,
y hermosos
de sugestión.

Locas flores, pasajeras,
de las primeras pasiones,
de las primeras ojeras

y las primeras canciones.
¡Oh primeras
ilusiones!

Pura, Amalia, Aurora... Coro
de la más divina edad.
Margarita, Soledad.
Primer amor... Vago lloro.
¡Sol de oro
de verdad!

... y glosa el amor en la copla que canta el pueblo.

Yo te quiero sin querer
que te he *tomaíto* cariño
cuando menos lo pensé.

* * *

Yo te he *querío* a ti siempre
con los *reaños* del alma
y con fatigas de muerte.

* * *

Cuando a tu cara me acerco,
las palabras en la boca
se me convierten en besos.

* * *

Tu calle ya no es tu calle:
que es una calle cualquiera,
camino de cualquier parte.

* * *

Loco me pongo, si escucho
el ruido de tu falda;
y el contacto de tu mano
me da la vida y me mata.

* * *

Yo quisiera ser el aire
que toda entera te abraza;
yo quisiera ser la sangre
que corre por tus entrañas.

* * *

Son las líneas de tu cuerpo
el modelo de mis ansias,
el camino de mis besos
y el imán de mis miradas.

* * *

Siento, al ceñir tu cintura,
una duda que me mata:
que quisiera, en un abrazo,
todo tu cuerpo y tu alma.

En Castilla es la pasión rudamente expresada por el campesino de Benavente.

RUBIO: ...No se acuerda usted cuántas mañanas apenas si había amanecido, venía usted a despertarme: Anda, Rubio, levántate que no he *podío* pegar los ojos en *toa* la noche. Vámonos al campo: *quieo* andar, *quieo* cansarme... Y *ca* uno con nuestra escopeta, cogíamos y nos íbamos por ahí adelante, los dos, mano a mano, sin hablar palabra horas y horas...

...Allá, cuando caíamos en la cuenta, para que no dijesen los que nos veían que salíamos de caza y no cazábamos, tirábamos unos tiros al aire *pa* espantar la caza que decía yo; *pa* espantar pensamientos que decía usted, y al cabo de andar y andar, nos dejábamos caer y *tumbaos* sobre un ribazo, usted, siempre callado, hasta que al cabo soltaba usted como un bramido, como si se quitara usted un peso muy grande de encima, y me echaba usted un brazo por el cuello, y se soltaba usted a hablar y a hablar, que usted mismo, si hubiera querido recordarse, no *hubiea* usted *sabío* decir lo que había *hablao;* pero todo ello venía a parar en lo mismo: "Que estoy loco, que no *pueo* vivir así, que me muero, que no sé qué me pasa, que esto es un castigo, que esto es un infierno..." Y vuelta a barajar siempre las mismas palabras, pero con tanto barajar siempre pintaba la misma, la de la muerte... Y pintó tanto que un día... El como se acordó, ya usted lo sabe, *pa* que voy a decirlo...

(*La Malquerida,* acto III-7.)

* * *

ESTEBAN: ...No podrás decir que yo *haiga* mirado aún a ninguna otra mujer con mala intención. Y a ella no hubiera querido mirarla nunca. Pero sólo de sentirla andar cerca de mí se me ardía la sangre. Cuando nos sentábamos a comer no quería mirarla y adonde quiera que volvía los ojos la estaba

mirando delante de mí siempre. Y las noches, cuando más te tenía junto a mí, en medio del silencio de la casa, yo no sentía más que a ella, la sentía dormir como si estuviera respirando a mi oído. Y tengo *llorao* de coraje. Y le tengo *pedío* a Dios. Y me tengo *dao* de golpes. Y me hubiera matado y la hubiera matado a ella. Si yo no sabré decir cómo ha sido. Las pocas veces que no he *podío* por menos de encontrarme a solas con ella he *tenío* que escapar como un loco. Y no sabré decir lo que *hubiea* sido de no escapar: si la *hubiea* dado de besos *o la hubiea* dado de puñaladas.

...si no era el casarse, era el salir de aquí. Era que yo no podía vivir sin sentirla junto a mí un día y otro. Que *too* aquel aborrecimiento suyo y aquel no mirarme a la cara, y aquel desprecio de mí que ha hecho siempre, *too* eso que tanto había de dolerme, lo necesitaba yo *pa* vivir como algo mío. ¡Ya lo sabes *to!* Y casi puede decirse que ahora es cuando me he dado cuenta. Que hasta ahora que me he *confesao* a ti, *too* me parecía que no había sido. Pero así ha *sío*, ha *sío* para no perdonármelo nunca, aunque tú quisieras perdonarme.

(III-9.)

* * *

..ESTEBAN: ¿Quieres ser tú quien me delate? ¿Por qué me has odiado tanto? ¡Si yo te hubiera oído tan siquiera una vez llamarme padre! ¡Si tú *pudieas* saber cómo te he *querío* yo siempre!

ACACIA: ¡Madre, madre!

RAIMUNDA: ¿No le llamarás nunca padre, hija?

ESTEBAN: No me perdonará nunca.

RAIMUNDA: Sí, hija, abrázale. Que te oiga llamarle padre. Y hasta los muertos han de perdonarnos y han de alegrarse con nosotros.

ESTEBAN: ¡Hija!

ACACIA: ¡Esteban, Dios mío, Esteban!

ESTEBAN: ¡Ah!

RAIMUNDA: ¿Aún no le dices padre? ¿Que ha *perdío* el *sen tío?* ¡Ah! ¿Boca con boca y tú *abrazao* con ella? ¡Quita, aparta, que ahora veo por qué no querías llamarle padre! ¡Que ahora veo has *sío* tú quien ha *tenío* la culpa de *too*, maldecía!

ACACIA: Sí, sí. ¡Máteme usted Es verdad, es la verdad. ¡Ha *sío* el único hombre a quien he *querío!*

ESTEBAN: ¡Ah!

RAIMUNDA: ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¡Te mato! *¡Maldecía!*

ESTEBAN: ¡No te acerques!

ACACIAS ¡Defiéndame usted!
ESTEBAN: ¡No te acerques, te digo!
RAIMUNDA: ¡Ah! ¡Así! ¡Ya estáis descubiertos! ¡Más vale así! ¡Ya no podrá pesar sobre mí una muerte! ¡Que vengan *toos!* ¡Aquí, acudir *toa* la gente! ¡Prender al asesino! ¡Y a esa mala mujer que no es hija mía!
ACACIA: ¡Huya usted, huya usted!
ESTEBAN: ¡Contigo! ¡Junto a ti siempre! ¡Hasta el infierno! ¡Si he de condenarme por haberte *querío!* ¡Vamos los dos! ¡Que nos den caza si *puen* por esos riscos! *¡Pa* quererte y *pa* guardarte seré como las fieras que no conocen padres ni hermanos!

(III-XI.)

... y García Lorca hará culminarla en la voz ronca y trágica de sus personajes.

LEONARDO: El orgullo no te servirá de nada.
NOVIA: ¡No te acerques!
LEONARDO: Callar y quemarse es el castigo más grande que nos podemos echar encima. ¿De qué me sirvió a mí el orgullo y no mirarte y el dejarte despierta noches y noches? ¡De nada! ¡Sirvió para echarme fuego encima! Porque tú crees que el tiempo cura y que las paredes tapan y no es verdad, no es verdad. ¡Cuando las cosas llegan a los centros no hay quien las arranque!
NOVIA: No puedo oírte. No puedo oír tu voz. Es como si me bebiera una botella de anís y me durmiera en una colcha de rosas. Y me arrastra, y sé que me ahogo, pero voy detrás.
...Y sé que estoy loca y sé que tengo el pecho podrido de aguantar y aquí estoy quieta por oírlo, por verlo menear los brazos.

(*Bodas de sangre*, acto II, cuadro I.)

* * *

LEONARDO: Ya dimos el paso; ¡calla!
porque nos persiguen cerca
y te he de llevar conmigo.
NOVIA: Pero ¡ha de ser a la fuerza!
LEONARDO: ¿A la fuerza? Quién bajó
primero las escaleras?
NOVIA: Yo las bajé.
LEONARDO: ¿Quién le puso
al caballo bridas nuevas?
NOVIA: Yo misma. Verdad.

LEONARDO: ¿Y qué manos
me calzaron las espuelas?
NOVIA: Estas manos que son tuyas,
pero que al verte quisieran
quebrar las ramas azules
y el murmullo de tus venas.
¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Aparta!
Que si matarte pudiera,
te pondría una mortaja
con los filos de violetas.
¡Ay qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
LEONARDO: ¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra
entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
Con alfileres de plata
mi sangre se puso negra,
y el sueño me fue llenando
las carnes de mala hierba.
Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.
NOVIA: ¡Ay qué sirazon! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera.
porque me arrastras y voy
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.
He dejado a un hombre duro
y toda su descendencia
en la mitad de la boda
y con la corona puesta.
Para ti será el castigo
y no quiero que lo sea.
¡Déjame sola! ¡Huye tú!
No hay nadie que te defienda.
LEONARDO: Pájaros de la mañana
por los árboles se quiebran.
La noche se está muriendo
en el filo de la piedra.
Vamos al rincón oscuro,

donde yo siempre te quiera,
que no me importa la gente,
ni el veneno que nos echa.

NOVIA: Y yo dormiré a tus pies
para guardar lo que sueñas.
Desnuda, mirando al campo
como si fuera una perra.
¡Porque eso soy! que te miro
y tu hermosura me quema.

LEONARDO: Se abrasa lumbre con lumbre.
La misma llama pequeña
mata dos espigas juntas.
¡Vamos!

NOVIA: ¿A dónde me llevas?

LEONARDO: A donde no puedan ir
esos hombres que nos cercan.
¡Donde yo pueda mirarte!

NOVIA: (*Sarcástica.*) Llévame de feria en feria,
dolor de mujer honrada,
a que las gentes me vean
con las sábanas de boda
al aire como banderas.

LEONARDO: También yo quiero dejarte
si pienso como se piensa.
Pero voy donde tú vas,
tú también. Da un paso. Prueba.
Clavos de luna nos funden
mi cintura y tus caderas.

NOVIA: ¿Oyes?

LEONARDO: Viene gente.

NOVIA: ¡Huye!
Es justo que yo aquí muera
con los pies dentro del agua
espinas en la cabeza.
Y que me lloren las hojas,
mujer perdida y doncella.

LEONARDO: Cállate. Ya suben.

NOVIA: ¡Vete!

LEONARDO: Silencio. Que no nos sientan.
Tú delante, vamos, digo.

NOVIA: Los dos juntos.

LEONARDO: (*Abrazándola.*) ¡Como quieras!
Si nos separan, será
porque esté muerto.

NOVIA: Y yo muerta.

(Acto III, cuadro I)

El amor en la seguridad de lo conquistado. Juan Ramón cantando su boda.

Duermevela

Vestida tu pureza
con el blanco vestido
de desposada, ibas
por mi sueño tranquilo,
cual con tu traje blanco
de niña, ante mí, niño.

Y me dabas, riendo
en tus ojos floridos,
con el anillo de hoy,
el áureo rizo antiguo.

Rizo fino de niña,
arco iris divino
del prado—el corazón—
de tu amanecer nítido.

(*Diario de poeta y mar*, pág. 29.)

Mientras trabajo, en el anillo de oro
puro me abrazas en la sangre
de mi dedo, que luego sigue, en gozo,
contigo, por toda mi carne.

¡Qué bienestar! Cómo mis fuertes venas
de ti van, dulces, embriagándose,
cual de una miel celeste que tuviera
la luz de los eternos cálices!

Mi corazón entero pasa, río
vehemente y noble, bajo el suave
anillo que, por contenerlo, en círculos
infinitos de amor se abre.

(Pág. 18.)

Berceuse

No; dormida,
no te beso.
Tú me has dado tu alma
con tus ojos abiertos
—¡oh jardín estrellado!—
a tu cuerpo.

No, dormida no eres
tú... No, no, ¡no te beso!
—... Infiel te fuera a ti si te besara
a ti...
No, no,
no te beso...—

(Pág. 30.)

El amor es la inseguridad de su logro. Rubén Darío.

Líbranos Señor...

El verso sutil que pasa o se posa
sobre la mujer o sobre la rosa,
beso puede ser, o ser mariposa.

En la fresca flor el verso sutil;
el triunfo de Amor en el mes de abril:
Amor, verso y flor, la niña gentil.

Amor y dolor. Halagos y enojos.
Herodías ríe en los labios rojos.
Dos verdugos hay que están en los ojos.

Oh, saber amar es saber sufrir,
amar y sufrir, sufrir y sentir,
y el hacha besar que nos ha de herir...

¡Rosa de dolor, gracia femenina;
inocencia y luz, corola divina!
y aroma fatal y cruel espina...

Líbranos Señor de abril y la flor,
y del cielo azul, y del ruiseñor,
de dolor y amor líbranos Señor.

(*Cantos de vida y esperanza,* pág. 133.)

El sentimiento calando como lluvia invisible en los seres humanos.

Paralelamente al curso imperceptible del tiempo, Tigre Juan fue adquiriendo conciencia de su amor a Herminia, por manera tan descuidada, natural e inexorable, como si ya de siempre hubiera estado enamorado de ella, y, desde luego, correspondido. La gradación aumentativa, la naturalidad y aplomo del amor de Tigre Juan se trasfirieron misteriosamente a doña Mariquita, a don Sincerato y a la viuda de Góngora. Tam-

bién ellos parecían creerse enterados hacía mucho tiempo de aquel amor, y que Herminia no podía por menos de corresponder con pasión recíproca. Como la niebla inverniza robaba, de la noche a la mañana, las montañas del horizonte en torno a Pilares, y el sol primaveral las devolvía a su lugar, sin que nadie se sorprendiese al verlas de nuevo, ni pensase que entre tanto habían dejado de existir, así las personas que formaban aquel pequeño círculo de relaciones amistosas al enfrentarse con el amor de Tigre Juan, tan ingente, firme, necesario y eterno como una montaña, lejos de maravillarse, dieron por supuesto igual que el propio interesado, y como explicación la más verosímil, que había existido de siempre, aunque anteriormente escamoteado por una niebla prudente y cautelosa. Entre aquellos amigos mediaba una especie de convencionalismo tácito, como si todos ellos coincidiesen en opinar que Tigre Juan y Herminia estaban comprometidos por mutua promesa y el noviazgo se prolongaba más de lo usual entre gente respetable.

(R. Pérez de Ayala: *El curandero de su honra,* pág. 11.)

El amor que necesita de la muerte para lograrse en la áspera y emotiva voz de Baroja.

Ramiro detuvo a Micaela junto a una ventana del pasillo. Su voz temblaba por el deseo.

—¿Por qué me haces sufrir?—le dijo—. ¿No me has dicho que me quieres? ¡Que serás mía!

—Sí.

—¿Y me atormentas así, sin embargo?

—No quiero que otra mujer, aunque sea una enferma, tenga derechos sobre ti.

—Pero Cesárea no tiene vida; su corazón no puede resistir ya...

—... y después, ¿serás mía?

—Sí.

—¿Sin reservas, sin condiciones, sin más retardo?

—Sí.

—¡Oh, Micaela! ¡Si tú supieras lo que sufro por ti! Me sofoca día y noche el deseo ardiente de estar a tu lado; mis labios tienen sed de los tuyos, tu voz me turba, tu presencia me enloquece. ¡Oh, déjame que te quiera!

—No; no acepto que ninguna mujer tenga derechos sobre ti. Si yo he de ser tuya, quiero que tú seas mío, exclusivamente mío; no como un esclavo que puede tener la voluntad libre, sino como una cosa inerte.

—Así seré yo, alma mía. Pero, déjame besarte.
—No.
Don Ramiro se pasó la mano por la frente.
—¿Y cuando muera?
—Aún no ha muerto.

(*El mayorazgo de Labraz.*)

* * *

Un amor con fondo de tambores y trompetas. Mientras el sol se ponía en Flandes.

... Capitán de los tercios de España
... Señor capitán
el de la torcida espada,
de la capa colorada
y el buen caballo alazán:
si fuera de empresa mía,
si mi honor no se oponía,
si diera a mi fantasía
rienda suelta en este día,
ya que partes, capitán
¡contigo me partiría,
y a la grupa montaría
de tu caballo alazán!

... No me escuchaste, cuitada,
y allá va la cabalgada,
lanza en puño y rienda holgada,
detras de su capitán...
Clávame, dueño, tu espada
del revuelto gavilán,
y llévame amortajada
en tu capa colorada,
soberbiamente plegada
sobre el caballo alazán.

... Y allá lejos
a los extraños reflejos
del fosco cielo alemán
cuando olvidados los dejos
de nuestros amores viejos,
me traiciones, capitán,
si favor tu boca espera
de la blanca prisionera
que una ventura guerrera
libra indefensa a tu afán,
con mi mano enclavijada,

que la muerte hará sagrada,
yo he de quebrarte la espada
como una espiga tronchada
por tu caballo alazán.

DIEGO: Dueña mía, dueña mía,
no me digas si te oía,
que estaba mi fantasía
riñéndose con mi afán;
para tu gloria y la mía.
por tu nombre y mi hidalguía.
con su tercio, en este día,
va a Flandes tu capitán.
No me hables, dueña, de olvidos,
que embargados mis sentidos
de tus hermosuras van,
y hollados y escarnecidos,
he de traerte, rendidos.
diez corazones heridos,
en el arzón suspendidos
de mi caballo alazán."

(E. Marquina. *En Flandes se ha puesto el sol,* Acto I.)

... o va en busca de ambientes orientales, desiertos y oasis, alcázares de perlas...

SOBEYA: Por las miserias de la vida
nos perderemos, como un vértigo
de amor, las manos enlazadas,
los labios juntos en un beso,
tejiendo con las realidades
guirnaldas para nuestros sueños.

¿Dónde alzaremos nuestra tienda?
¿Bajo qué arbusto, todo lleno
de blancas flores, nuestros cantos
deshojaremos a los vientos?...
Habrá una luz de Primavera;
brillará el mar como un espejo;
relucirán los minaretes
entre floridos limoneros...

Después, veré por tus pupilas
pasar visiones del desierto:
desfilar lentas caravanas
de melancólicos camellos;
y entre el verdor de las palmeras
junto a la cal del pozo nuevo,

brillar —marfiles rechinantes—
los blancos dientes de los negros!

¡Y cuando mustias nuestras alas
apenas puedan sostenernos,
suspenderemos nuestro nido
bajo el amparo de un alero,
en la casita que blanquea
entre floridos limoneros!...

AZHUNA: (*En un arranque de esperanza, alucinado.*)
¡Y luego, abriendo nuestras alas
a nuestra patria tornaremos,
ciegas de luces las pupilas,
loco de amor el pensamiento,
a deslumbrar a los mortales
con el alcázar de mis sueños!

SOBEYA: (*Loca de amor.*) ¡Sígueme hablando, Azhuma mío!
¡Solos y pálidos soñemos,
hasta que cieguen nuestros ojos
y hasta que ya no queden besos!

(Francisco Villaespesa. *El Alcázar de las perlas*, acto III, esc. 6.)

El humorista define al amor: Pura imaginación, autoengaño.

...No es más—se dijo—que un vulgar enamoramiento adornado por todos los lugares comunes de la pasión. Lo que a Esteban se le antoja magia sentimental no pasa de ser la acción más notoria de un estado de ánimo frecuente y conocido... Pero ¿este caso de Esteban, no es la parodia del mío propio? ¿La parodia? Mejor diría, tal vez, un caso idéntico. Soledad, la lírica sugestión de la luna, un ansia misteriosa, el sentimiento de estar como desamparados y perdidos en la vastedad del orbe, y la presencia de una mujer a nuestro lado, que concreta y polariza repentinamente aquel oscuro afán. Sin duda, en el caso de Esteban, como en el mío, habrá pasado por el subsuelo de nuestro sentir una influencia atávica del viejo período de celo en la Humanidad. Todavía ciertos indígenas de California y de la Australia se aman únicamente en la primavera. Sobre aquel instinto, cada vez más borroso, la poesía tejió su fronda, y muchas imágenes pueriles están, por ella, tan íntimamente ligadas a la idea de amor, que puede asegurarse, sin peligro de yerro, que si la luna no alumbrase una noche tranquila y no aromase el aire las violetas, mi administrador no descubriría entonces que Carlota era la mujer más hermosa, más inteligen-

te y más buena del Mundo, y no hubiera pasado a amarla en consecuencia. ¿No creía yo lo mismo de Marta?... Mi caso es único, proclamaba yo. Y he aquí que lo advierto incesantemente repetido. Se nos antoja que disfrutamos de una singular ventura, y no vemos que la nuestra es la ventura de todos, y que antes y después en nuestro alrededor todos pronuncian las mismas frases y gozan la misma emoción y guardan trivial fetichismo la flor que estuvo en manos de la novia. Nunca existe la persona a quien creemos amar; es nuestra ilusión la que acumula los bienes que apetece sobre el ser que la casualidad pone en nuestro camino cuando es más fuerte nuestra ansia de querer... Desnudamos nuestro ideal para cubrir con sus prendas a la desconocida y adoramos en ella un anhelo que suponemos encarnado ya. El amor, ¿es algo más que una autosugestión poderosa?... Pasan los meses, la realidad va diluyendo el halo en que nuestra propia ilusión envolvió a la amada, y un día nos preguntamos perplejos: ¿Cómo he podido creerla tan distinta de como es? ¿Por qué la he querido? Y no acertamos a explicar...

Fernández Florez, W: *El secreto de Barba Azul*, cap. X.)

* * *

Dafnis y Cloe de nuevo. Esta vez de la mano de Pérez de Ayala.

—...Esta mano es mía, me pertenece—dijo Simona, atrayendo con las suyas la mano de Urbano—. Y tan pronto la besaba como rozaba las mejillas sobre ella cariciosamente.

Urbano tenía presente toda su conciencia en la mano, sobre la cual Simona había reclinado la cabeza, agazapándose y empequeñeciéndose por instinto, como si apeteciera reclinarse toda ella en el nido carnoso y caliente que formaba la palma.

Urbano comenzó a sentir hormigueo en el brazo. El hormigueo se le comunicó al torso. La caja del pecho le pareció tenerla ocupada con un líquido hervoroso, de cuyas heces subían infinitas burbujas, cristalinas y luminosas, como pequeños orbes.

—Simona, mi vida, mi amor—alentaba Urbano flacamente, dejando que el alma, hecha burbujas, se le disipase por la respiración. Y cada "mi vida" o "mi amor" era uno de aquellos menudos orbes que se desleía en el aire.

Cerró los párpados. Entre la tiniebla interior, unas espirales fosforecentes se cerraban sobre sí mismas, mareándole. Luego, con lenta molicie, las espirales se fueron desdoblando, como si trazasen a manera de letras y palabras: "Abrázate re-

cio con la vida y con el amor". Urbano creyó leer este que don Cástulo había llamado grito de angustia de un hombre que quiere salvarse. Fue como un frenesí instantáneo. Urbano se abrazó con Simona y las bocas se hallaron desposadas.

En esto cantó el ruiseñor.

—Tengo un nudo en la garganta; me ahogo —sollozó Simona sin apenas desgajar sus labios de los del esposo.

—Es el canto del suiseñor.

No era el canto del ruiseñor. Simona sabía lo que era. Era el hijo que lo sentía por segunda vez subido en la garganta, pugnando por desasirse y brotar.

"Ahora—pensó—es cuando debo decírselo a Urbano, a oscuras y bisbiseado al oído, según me aconsejó la abuela."

Pero, como la angustia cediese, Simona, poseída de timidez, aplazó la revelación para la noche siguiente, si persistían los mismos síntomas. Y volvió a apoyar sus labios en los de Urbano, hasta que uno y otro recibieron, en los sentidos y en el alma, una lluvia fría y cenicienta, que caía con agria serenidad. Y era —¿quién lo diría?— el dulce canto de la calandria, derretido en la rosada luz de la autora.

(Pérez de Ayala: *Luna de miel, luna de hiel,* pág. 190.)

Alberti canta la seguridad del reencuentro.

Si me fuera, amante mía,
si me fuera yo,
si me fuera y no volviera,
amante mía, yo,
el aire me traería,
amante mía,
a ti.

(Alberti: *La amante.*)

Y Casona un amor unido a la ambición de la subida. Otro Fausto en peligro.

...DIABLO: El amor sólo es bueno cuando se toma como espejuelo para mayores empresas. Se quiere a una mujer y se dice: "Lucharé por ella, revolveré el Mundo, la conseguiré. Y si esto últimos no llega, ¿qué importa? Lo esencial es lo otro: Luchar, revolver el Mundo... ¡Yo te ayudaré a eso!"

ESTUDIANTE: Es la Infantina, amigo Diablo; está demasiado alta.

DIABLO: ¡Cobarde! Cuando se es joven y pobre no hay cosas altas. ¡Sube tú!

ESTUDIANTE: ¡Imposible! Ella está enamorada. Y enamorada de un hombre que ni siquiera conoce: de un capitán de bandoleros.

DIABLO: También tú puedes ser capitán de bandoleros.

ESTUDIANTE: ¡Yo!

DIABLO: Tú. Si ella te soñó con ese traje, qué importa. Póntelo y adelante.

ESTUDIANTE: ¡Imposible!

DIABLO: Yo te empujaré. Yo seré para ti la bruja de las ambiciones; la que grita a los hambrientos: ¡Macbeth, tú serás rey, tú serás rey!

ESTUDIANTE: ¡Imposible! No veo el camino...

DIABLO: El camino ya lo tienes hecho; te lo hizo ella misma y te dejó en él su pañuelo para que no te perdieras.

ESTUDIANTE: ¿Su pañuelo? (*Viéndolo.*) ¡Suyo! (*Lo besa apasionadamente. El Diablo ríe.*)

DIABLO: ¡Cobarde! ¡Ahora te estás enamorando de un pañuelo! ¡Igual besarías su risa, igual besarías su recuerdo! ¿Por qué no la besaste a ella misma?

ESTUDIANTE: (*Enajenado.*) Era un canto de nidos y un repique de estrellas.

DIABLO: ¡Cobarde, cobarde! Te enamoras del reflejo, te enamoras del eco...

ESTUDIANTE: ...un milagro de plata, con cabellos de lluvia y ojos de agua salada...

DIABLO: ¡Cobarde, cobarde! (*Asiéndole violentamente.*) ¿Me oyes? Estás enamorado estúpidamente de las palabras de un bufón. Piensas vivir y estás soñando. Ese pañuelo lo traía para el capitán. Y ya lo traicionó contigo. Y a ti te traicionará con tu recuerdo. Y a tu recuerdo con los bigotes de un escudero.

ESTUDIANTES (*Pasando de la sorpresa al furor.*) ¡Ah! ¿La insultas? Eso sí que no. (*Tira de la espada.*) ¡Defiéndete!

DIABLO: (*Triunfante.*) ¡Por fin!

ESTUDIANTE: ¡Defiéndete, digo!

DIABLO: ¡Así! ¡Atropella, desborda, vive!

ESTUDIANTE: ¡Canalla!

DIABLO: Por ella sacaste tu espada contra el Diablo. ¡Igual la hubieras sacado contra Dios!

ESTUDIANTE: (*Fuera de sí.*) ¡Te mataré como a un perro!

DIABLOS (*Parando la estocada con la mano.*) ¡Así! ¡Así!... ¡Tú serás rey!

(*Otra vez el diablo.* Jornada 1. Escena V.)

Los tres tiempos del amor según Aleixandre.

Nacimiento del amor

¿Cómo nació el amor? Fue ya en otoño,
maduro el mundo,
no te aguardaba ya. Llegaste alegre,
ligeramente rubia, resbalando en lo blando
del tiempo. Y te miré. Qué hermosa
me pareciste aún, sonriente, vívida,
frente a la luna aún niña, prematura en la tarde,
sin luz, graciosa en aires dorados; como tú,
que llegabas sobre el azul, sin beso,
pero con dientes claros, con impaciente amor.

... En mi alma nacía el día. Brillando
estaba de ti; tu alma en mí estaba.
Sentí dentro, en mi boca, el sabor a la aurora.
Mis ojos dieron su dorada verdad. Sentí a los pájaros
en mi frente piar, ensordeciendo
mi corazón. Miré por dentro
los ramos, las cañadas luminosas, las alas variantes,
y un vuelo de plumajes de color, de encendidos
presentes me embriagó, mientras todo mi ser a un mediodía,
raudo, loco, creciente se incendiaba
y mi sangre ruidosa se despeñaba en gozos
de amor, de luz, de plenitud de espuma.

...posesión.

Unidad en ella

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,
rostro amado donde contemplo el mundo,
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,
volando a la región donde nada se olvida.

Tu forma externa, diamante o rubí duro,
brillo de un sol que entre mis manos deslumbra,
cráter que me convoca con su música íntima,
con esa indescifrable llamada de tus dientes.

Muero porque me arrojo, porque quiero morir,
porque quiero vivir en el fuego, porque este aire de fuera
no es mío, sino el caliente aliento
que si me acerco quema y dora mis labios desde un fondo.

Deja, deja que te mire, teñido del amor,
enrojecido el rostro por tu purpúrea vida,
deja que mire el hondo clamor de tus entrañas
donde muero y renuncio a vivir para siempre.

Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente
que regando encerrada bellos miembros extremos
siente así los hermosos límites de la vida.

Este beso en tus labios como una lenta espina,
como un mar que voló hecho un espejo,
como el brillo de un ala,
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente pelo,
un crepitar de la luz vengadora,
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,
pero que nunca podrá destruir la unidad de este mundo.

...reposo.

... Después del amor, de la felicidad activa del amor,
reposado,
tendido, imitando descuidadamente un arroyo,
yo reflejo las nubes, los pájaros, las futuras estrellas,
a tu lado, oh reciente, oh viva, oh entregada;
y me miro en tu cuerpo, en tu forma blanda, dulcísima,
apagada,
como se contempla la tarde que colmadamente termina.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOTECA

AUTORES CITADOS EN EL TEXTO

ANÓNIMOS: *Caballero si a Francia ides...* Menéndez y Pelayo Ob. Com., Ant. Lir. Cast., t. VIII, pág. 312.
Cantar del Cid.
La ermita de San Simón. M. y P., VIII-298.
Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa. 1565.
Romance de amor. M. y P., t. IX, pág. 47.
Romance del conde Lombardo. Id., t. VIII, pág. 293.
Romance de las señas del esposo. Id., t. IX, pág. 62.
Romancero del Cid. C. Michaelis, Leipzig, 1871, pág. 40.
Comedia llamada Thebayda nuevamente compuesta. Colección Libros Raros y Curiosos. Madrid, 1894, pág. 31.
Ya cantan los gallos. Cancionero Anónimo. Del Río. Antología General de la Literatura Española, t. I. Nueva York, 1960, pág. 191.
Yo me levantaba, madre... Id.

ALARCÓN, Pedro Antonio de: *El escándalo* (1875). Madrid, 1943.

ALAS, Leopoldo: *La Regenta* (1884). Madrid, 1908.

ALBERTI, Rafael: *La amante.* Antología, Buenos Aires, 1945.

ALEIXANDRE, Vicente: *Mis poemas mejores.* Madrid, 1956, págs. 54, 203, 117.

ALONSO, José Vicente (1775-1841): *La respuesta sencilla.* Bib. Autores Españoles, t. 67, pág. 607.

— *La respuesta del amor.* BAE, t. 67, pág. 665.

ARJONA, Manuel María de (1771-1820): *Si tú me quisieras.* BAE, t. 63, página 528.

ARRIAZA, Juan Bautista (1770-1837): *El propósito inútil.* BAE, t. 67, página, 49.

BAROJA, Pío (1872-1956): *El mayorazgo de Labraz.* Madrid, 1919.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo (1836-1870): *Los ojos verdes.* Leyendas.

— *Rimas.*

BENAVENTE, Jacinto: *La Malquerida* (1913).

BENEITO, Miguel: Cancionero de la Academia de los Nocturnos de Valencia, *A una dama.* Valencia, 1912, pág. 25 de la cuarta parte.

CADALSO, José: *Noches lúgubres* (1779), Madrid, 1918, pág. 50.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (1600-1681): *La vida es sueño.*

CALIXTO Y MELIBEA, vid. Rojas.

Cárcel de amor, vid. Diego San Pedro.

CAMPOAMOR, Ramón de (1817-1901: *El tren expreso.* Madrid, 1922, página, 211.
CARVAJAL, Micael de (1480-1530) : *Composición.* M. y P., o. c., t. IV, página 346.
CASONA, Alejandro (1903) : *Otra vez el diablo* (1935). Ob. Completas, Madrid, 1954.
CERVANTES, Miguel de (1547-1616) : *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605-1616).
CETINA, Gutierre de (1520-1557) : *Madrigal.* Del Río, Ant., 1, pág. 271.
CORONADO, Carolina (1823-1911): *El amor de los amores.* Poesías. Madrid, 1843.
COTA, Rodrigo (1405?-1470) : *Diálogo entre el amor y un caballero viejo.* Del Río, Ant., 1, pág. 170.
CRUZ, Sor Juana Inés de la (1651-1695): *Al que ingrato me deja busco amante.* Ant., Del Río, 1, pág. 647.
CRUZ, Don Ramón de la (1731-1794) : *Los baños inútiles.*
DEL RÍO, Angel: *Antología general de la Literatura Española.* Nueva York, 1961.
DICENTA, Joaquín: *Juan José* (1895).
ENCINA, Juan del: *Ermitaño quiero ser...* M. y P., o. c., t. V, pág. 252.
— *Pedro y bien te quiero...* Del Río, Ant., 1, pág. 195.
ESPRONCEDA, José de (1808-1842). *Serenata.* O. c., Madrid, 1954.
— *Canto a Teresa.* O. c., Madrid, 1954.
FERNÁNDEZ-FLÓREZ, Wenceslao (1886?-) : *El secreto de Barba Azul* (1923). Madrid, 1949.
GABRIEL Y GALÁN, José María (1870-1905): Ob. Com., t. I.
GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio (1813-1884):*El trovador* (1836).
GARCÍA DE LA HUERTA, Vicente (1734-1787): *Raquel.*
GARCÍA LORCA, Federico (1898-1936): *Bodas de sangre* (1934). Ob. Completas, Madrid, 1957.
GIL POLO, Gaspar (1529?-1591) : *Los cinco libros de la Diana enamorada.* (1564).
GÓMEZ MANRIQUE (1412?-1490) : Ant., M. y P.
GÓNGORA, Luis de (1561-1627): *La dulce boca que a gustar convida...* Del Río, 1, pág. 623.
— *Servía en Orán al Rey...* Id., pág. 619.
HARTZENBUSCH, Juan Eugenio (1806-1880): *Los amantes de Teruel* (1837). Madrid, 1935.
HERRERA, Fernando de (1534-1599) : *Estancias.* Del Río, Ant., 1, pág. 16.
JERICA, Pablo de (1781-1833?): *Los días de Belisa.* BAE, t. 67, pág. 719.
JIMÉNEZ, Juan Ramón (1881-1957): *Diario de Poeta y Mar.* Madrid, 1957.
— *Sonetos espirituales.* Obras, Madrid, 1917.
LARRA, Mariano José de (1809-1837): *El Doncel de Don Enrique el Doliente.* Ob. C. de Fígaro. París, 1883, t. I, pág. 245.
— *Macías* (1835). Ob. C., París, 1880, t. IV, pág. 520.
LISTA, Alberto (1775-1848): *El beso.* BAE, t. 67, pág. 363.
LÓPEZ MALDONADO: *Soneto de celos.* Cancionero de la Academia de los Nocturnos. Valencia, 1906, t. 3, pág. 87.
LUNA, Alvaro de: M. y P., Ant., Ob. Comp., t. IV, pág. 198.
MACHADO, Manuel (1874-1947): *Plenitud.* Obras Completas de Antonio y Manuel Machado. Madrid, 1951.

MANRIQUE, Jorge (1440-1479?): *Castillo de amor*. M. y P.: o. c., t. V, página 42.
— *Es amor fuerza tan fuerte*. Id.
— *Porque el tiempo es ya pasado*. Id., pág. 51.
MARQUINA, Eduardo (1876-1946): *En Flandes se ha puesto el sol*. Buenos Aires, 1952.
MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco (1787-1862): *La conjuración de Venecia* (1834). Madrid, 1933, págs. 336-7.
MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Obras completas*. Madrid, 1933.
MELÉNDEZ VALDÉS, Juan (1754-1817): *Oda XII*, BAE, t. 63, pág. 113.
— *La reconciliación*. BAE, t. 63, pág. 188.
MIRÓ, Gabriel (1879-1930): *Las cerezas del cementerio* (1910). Obras escogidas, Madrid, 1950.
MONTEMAYOR, Jorge de (1520-1561?): *Los siete libros de la Diana enamorada* (1559). Del Río, 1-361.
MORA, Jerónimo de (1530-1599?): *Cuatro estanzas a un galán...* Cancionero de la Acad. de los Noct., Valencia, 1905, t. 1, pág. 144.
MORATÍN, Leandro Fernández de (1760-1828): *El sí de las niñas* (1806).
MORETO, Agustín (1618-1669): *El desdén con el desdén*. La Lectura, Madrid, 1941.
ORDÓÑEZ DE MONTALVO, Garci: *Los quatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula* (1508).
PALACIO VALDÉS, Armando (1853-1938): *La hermana San Sulpicio* (1889).
PÉREZ DE AYALA, *Ramón* (1881-1962): *El curandero de su honra* (1926).
— *Luna de miel, luna de hiel* (1923).
PÉREZ GALDOS, Benito (1843-1920): *Marianela* (1878). Ob. Comp., t. IV, pág. 710.
— *Miau* (1888). Ob. Comp., t. XV, pág. 551.
PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán (1370-1440?): *Loores de los claros varones de España*. Del Río, 1-112.
PÉREZ LUGÍN, Alejandro (1870-1926): *La casa de la Troya*. Madrid, 1922.
QUEVEDO, Francisco de (1580-1645): *Cerrar podrá mis ojos la postrera*. Del Río, 1-651.
RIVAS, Duque de (1791-1865): *Don Alvaro o la fuerza del sino*. Madrid, 1902.
ROJAS, Francisco de (1607-1648): *Del rey abajo, ninguno. El labrador más honrado, García del Castañar*. Madrid, 1917.
ROJAS, Fernando de: *La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea* (1499). Del Río, 1-209.
"RUBÉN DARÍO" (1867-1916): *Cantos de vida y esperanza* (1905). Madrid, 1918.
RUIZ, Juan (Arcipreste de Hita) (1283-1350?): *Libro del buen amor*. Del Río, 1-79.
RUIZ DE ALARCÓN, Juan (1581-1639): *La cueva de Salamanca*. Méjico, D. F., 1951, pág. 145.
— *La prueba de las promesas*. Méjico, pág. 360.
— *La verdad sospechosa*. Méjico, pág. 420.
SAN PEDRO, Diego de: *Cárcel de Amor* (1492). Madrid, 1950.
SANTILLANA, Marqués de (1398-1458): *Serranilla, Mozuela de Bores*. Del Río, 1-121.
TAMAYO Y BAUS, Manuel (1829-1898): *La locura de amor* (1855). Madrid, 1899.
Thebayda. Vid Anónimos.
"TIRSO DE MOLINA" (1594-1648): *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra*. Madrid, 1947, 11, pág. 634.

TORRES NAHARRO, Bartolomé (1476-1531?): *Propalladia*. Nápoles, 1517 (Comedia Himenea).
VALERA, Juan (1824-1905): *Pepita Jiménez* (1874). Madrid, 1927, pág. 96.
VALLE-INCLÁN, Ramón María del (1866-1936): *Corte de amor* (1903).
— *Sonata de invierno* (1905).
VEGA, Garcilaso de la (1503-1536): *Escrito está en mi alma vuestro gesto*. Sonetos. Del Río, 1-266.
VEGA, Lope de (1562-1635): *El castigo sin venganza*. 11-16.
— *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*.
— *Quien todo lo quiere*. Nueva Ed. Academia, t, IX, pág. 162.
— *Primera parte de las Rimas*. Obras sueltas, t. IV, pág. 257.
— *Si no vieran las mujeres*. BAE, t. 34, pág. 578.
— *Virtud, pobreza y mujer*. BAE, t. 52, pág. 236.
VILLAESPESA, Francisco (1877-1935): *El alcázar de las perlas* (1911). Barcelona, 1912.
ZAYAS, María de (1590-1660?): La fuerza del amor.BAE, t. 67, pág. 561 y siguientes.
ZORRILLA, José (1817-1893): *Don Juan Tenorio* (1844).

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LITERATURA: Antología: *La historia de la poesía española* (1946).
La muerte en la poesía española (1952).
Teatro español de hoy, 1939-1958 (1958).
Antología del Romanticismo español (1960) (agotada).
Verso y prosa de la Historia de España (1958).
Ensayo: *La vida norteamericana* (1955).
Teatro: Traducciones del francés:
— *La reina muerta,* de Montherlant (estreno, 1957; ed., 1958).
— *Ondina* y *No habrá guerra de Troya,* de Giraudoux (estreno, 1958 y 1959; ediciones 1959 y 1960).
Traducción del alemán:
— *La visita de la vieja dama,* de Durrenmatt (estreno, 1959; en prensa).
Traducción del inglés:
— *Macbeth,* de Shakespeare (ed., 1963).

HISTORIA: Textos: *La Historia de España en sus Documentos:*
— *El siglo XIX* (1954).
— *El siglo XVIII* (1955).
— *El siglo XVII* (1957).
— *El siglo XVI* (1958).
— *El siglo XX*: 1900-1923 (1960).
— *El siglo XX*: 1923-1936 (1963).
— *El siglo XX*: *La Guerra,* 1936-1939 (1963).
Biografías: *Teresa Cabarrús* (1943; 2.ª ed., 1957).
Cuando los grandes hombres eran niños... (1942; 6.ª ed., 1958).
Guzmán el Malo (1963).
Costumbres: *La vida española en el siglo XVIII* (1946).
La vida española en el siglo XIX (1952) (agotada).
Ensayo: *Griegos y romanos en la Revolución francesa* (1946).
Divulgación: *Historia Universal de la Cultura* (1945; 2.ª ed., 1946).
Ejército Imperial (1950).

INDICE

	PÁG.
Nota preliminar	VII
El Amor en la Edad Media	1
El Amor en el Renacimiento	25
El Amor barroco	37
Siglo XVIII. El Amor neoclásico	61
El Amor y el Romanticismo	79
El Amor y el Realismo	99
El Amor en este siglo	113
Autores citados en el texto	139

PQ 6208 .L6 D5
Diaz-Plaja, Fernando.
El amor en las letras espanola
010101 000
0 1163 0243762 3
TRENT UNIVERSITY

PQ6208 .L6D5
Díaz-Plaja, Fernando
El amor en las letras españolas

DATE	ISSUED TO 277357

277357

Precio: 100 ptas.